

UNA VIDA EN ROMA

Anastassia Espinel Souares

Segunda entrega



Título: Una vida en Roma

Autor: José Ramón Díaz Herrera

Técnica: Dibujo, esfero sobre opalina

Dimensiones: 28 X 21 cm.

Año: 2016

Una vida en Roma

Anastassia Espinel Souares

Doctorada en historia universal en el Instituto de América Latina St. Petersburgo-Moscú, 1997. Especialización en docencia universitaria en la Universidad Industrial de Santander, UIS, 2007. Pregrado Universitario en economía y derecho en la Universidad Patricio Lumumba, 1993. Mención de honor, Universidad Industrial de Santander, 2008. Mención de honor, Instituto Municipal de Cultura, 2006 y 2008. Ganadora del concurso literario de novela de la Universidad Central, 2012. Mención de honor, Who's Who in the World, 2012.

Correo electrónico: anastasiaespinel@gmail.com

III

Entrando en la vida adulta

Aún antes del amanecer, Lucio despierta en la penumbra de su alcoba. Falta al menos una hora para el alba pero el muchacho se siente completamente desvelado, a lo mejor, porque sabe que el amanecer de este día, el primero de su vida adulta, no será como todos los demás. Al cumplir los dieciséis años, todo muchacho romano libre de nacimiento deja atrás la niñez y entra en la vida adulta lo que implica el cumplimiento de varios ritos importantes. Precisamente por eso lo primero que hace Lucio al levantarse de la cama y ponerse las sandalias es salir al atrio, donde aún reina el silencio y el aire fresco de madrugada anuncia el fin de verano y la proximidad del otoño.

Por un instante, se detiene al borde del *impluvium* para contemplar en el agua su propio reflejo, como si tratara de encontrar algún cambio notorio en su apariencia. No lo ve pues el agua del *impluvium* desde hace tiempo ya no refleja la figura de un niño sino la de un joven atlético, bien formado y bastante alto para ser un romano cuya estatura promedia no suele ser muy elevada. Ya se ve como todo un hombre y tan sólo la *bullae*, aquel amuleto infantil en forma de esfera dorada que Lucio aún lleva en el cuello, pone en evidencia su verdadera edad.

Por fin, llega la hora de librarse de aquel último vínculo de la niñez. A paso lento, Lucio se dirige al *lararium*, el altar de los lares, aquellos dioses guardianes de la familia y, apenas el primer rayo del sol cae sobre las losas del atrio y alumbra los verdes laberintos de las plantas en el pequeño jardín, se quita la *bullae* y la coloca sobre el mármol rosado y blanco del altar. Acto seguido, les pide a los lares que le ayuden en su nueva vida de adulto y lo protejan contra todos sus peligros. Un rayo del sol cae sobre el altar y a Lucio le parece que las caras de las minúsculas estatuillas se iluminan por una leve sonrisa. Su ofrenda, la última del niño Lucio y la primera de Lucio Marcio Torcuato el hombre, acaba de ser aceptada.

Cuando regresa a su alcoba, descubre que su padre ya se había levantado y vino a saludarlo en este día tan especial. Al igual que la mayoría de los padres romanos, Lucio Marcio Torcuato no es demasiado propenso a las caricias pero hoy abraza a su hijo con ternura y no puede ocultar sus lágrimas. Aunque el joven Lucio no lleva en sus venas su misma sangre, cualquier padre estaría orgulloso de tenerlo como hijo. En todos estos años, la familia no pudo averiguar nada sobre el verdadero origen del niño que un día había entrado en su hogar de una manera tan inesperada pero ahora, contemplando su rostro de cerca, Lucio Marcio el padre no duda de que su hijo adoptivo debe ser todo un romano legítimo, sin la menor mezcla de sangre bárbara, tal como lo evidencia su frente amplia, pómulos altos, labios bien dibujados, mentón firme y nariz fina y un tanto prominente que no desentona con el resto de las facciones sino tan sólo acentúa su nobleza. Los ojos del

joven Lucio son de un color gris oscuro con reflejos azules y el cabello, otrora dorado, ha oscurecido con el paso de los años adquiriendo un profundo tono castaños con reflejos de cobre oscuro. En fin, es un joven patricio sin tacha alguna y cualquiera que no conozca la historia de su verdadero origen jamás dudaría que es un vástago legítimo del noble linaje de los Marcio Torcuato.

El corazón del *paterfamilias* se estremece de orgullo, de admiración y al mismo tiempo de preocupación. Su hijo entra en la vida adulta en una época difícil. Tras la muerte de Domiciano, asesinado en una conspiración palaciega cuyos detalles aún no se conocen del todo, el Senado se apresuró a proclamar como emperador al viejo senador Nerva. Una rebelión de la Guardia Pretoriana al año siguiente lo forzó a adoptar como su heredero y sucesor a Marco Ulpio Trajano, hombre muy popular en las legiones. Hace poco, Nerva falleció víctima de unas fiebres y el nuevo emperador Trajano está lejos de Roma, en la frontera del Rin, así que nadie puede decir con certeza qué destino ahora le aguarda a Roma y a aquellos de sus hijos que apenas dan su primer paso hacia la adultez.

Todos aquellos pensamientos vuelan por la mente de Lucio Marcio el padre como un torbellino pero no quiere ensombrecer la fiesta de su hijo así que oculta sus preocupaciones y, con una sonrisa resplandeciente, le entrega al joven Lucio su regalo paterno: la toga, un atuendo con que pueden mostrarse en público únicamente los ciudadanos romanos y no tienen derecho a llevar ni los esclavos, ni los libertos ni los extranjeros.

¿Cómo se pone la toga?

"Romanos, los señores del mundo, los que se visten con togas" - así define el gran poeta Virgilio la importancia de aquella prenda como el rasgo distintivo de ciudadano romano. Existen muchas clases de togas: para los senadores, para los cónsules, para los

candidatos a los magistrados o para los sacerdotes. Algunas de ellas se ponen solo en ocasiones especiales, como para presentarse ante una asamblea, celebrar un triunfo, presentar su candidatura en las elecciones o enterrar a un muerto. La toga que Lucio Marcio el padre acaba de obsequiarle a su hijo es una simple toga *virilis*, sin adornos ni ornamentos, fabricada de lana sin teñir de un tenue tono beige que usa cualquier ciudadano mayor de edad. Cuando Lucio, impaciente de emoción, la desenvuelve y la sostiene con ambas manos, descubre que tiene la forma de semicírculo ¡de casi seis metros de diámetro!

Ponerse aquella prenda tan grande y pesada no es una tarea fácil y requiere ayuda. Lucio Marcio el padre golpea un disco de plata colgado en la pared; acto seguido entran dos esclavos. Uno de ellos, un hombre mayor de rostro apergaminado, cráneo completamente calvo y espalda encorvada bajo el peso de los años; durante muchos años ha sido el sirviente personal del *paterfamilias* de esta casa. El otro es un joven de escasos dieciséis años, alto, delgado, un tanto desgarbado pero ancho de hombros que promete convertirse con el tiempo en un hombre robusto y fuerte, de ojos tan claros que parecen celestes y con una mata de cabello rubio pajizo. A pesar de los años transcurridos, se puede reconocerle a Tares, el hermano de leche del joven Lucio y a partir de ahora, su servidor personal.

A diferencia de su padre que había pasado largos años custodiando las puertas de la *domus* hasta que hace un par de meses murió víctima de un cruel resfriado, el joven Tares creció junto con el hijo del amo, compartió sus juegos y pudo aprender buenos modales, un latín correcto e incluso algo de lectura y escritura. Sin duda, lo espera un futuro mucho más prometedor que a la mayoría de los esclavos pero ahora se siente nervioso: tendrá que enfrentar la primera gran prueba en su vida.

El viejo esclavo trata de tranquilizar a su joven aprendiz con una sonrisa alentadora y éste le responde con una ligera inclinación de cabeza. Lucio se pone de pie, inmóvil, y Tares le pone la toga sobre los hombros, como si fuera un manto.

-No debes centrarla, muchacho, recuerda que un extremo siempre debe ser más largo que el otro -comenta a media voz el esclavo maestro y Tares vuelve a cabecear con aire comprensivo.

Ahora se siente un tanto más seguro así que recoge aquel extremo largo y lo pasa debajo de la axila de Lucio para que se envuelva alrededor del tórax hasta el cuello. Acto seguido, se lo pone holgadamente alrededor del cuello a modo de bufanda y lo fija a la altura de la clavícula con una hermosa fibula de plata, el otro regalo del *paterfamilias* a su hijo. Ahora no falta más que un último toque: recoger el extremo que aún sigue demasiado largo y darle otra vuelta alrededor del cuerpo.

Una vez finalizado su trabajo, Tares da un paso hacia atrás para poder contemplar el resultado final. Lucio se ve muy elegante, debido al primoroso juego de los pliegues que le confieren un porte majestuoso y lleno de dignidad. Su padre sonrío y el viejo esclavo también. Los dos están contentos: uno por el aspecto de su hijo y el otro con el trabajo que acaba de hacer su alumno.

Todos salen de la habitación; ya es hora de anunciar ante toda la familia que a partir de este momento habrá un nuevo hombre en casa. Lucio camina despacio pues aún no se siente seguro con su nuevo atavío por lo que su padre le aconseja que lleve un brazo un poco levantado para que el dobladillo de la toga no se arrastre por el suelo.

-Al comienzo te parecerá algo incómodo pero luego te acostumbrarás -asegura dándole una cariñosa palmada en el hombro.

Toda la familia, incluidos los esclavos espera en el atrio para saludar al joven Lucio por su ingreso en la vida adulta. Emilia, dejando a un lado todo su orgullo de matrona romana, llora de emoción y en el fondo sigue recordando aquel día de hace ya dieciséis años cuando por primera vez lo alzó entre sus brazos y lo estrechó contra su pecho; no puede creer que aquella criatura indefensa que lloraba abandonada en las calles de Roma y este elegante joven togado son la misma persona.

Las dos Marcias, aunque ya desde hace tiempo no viven en la *domus* paterna, vinieron hoy a felicitar a su hermano. Marcia la Mayor, casada desde hace más de dos años con el senador Cayo Virtumnio Nigrino, un viejo amigo de la familia y hombre muy respetado en Roma. Su esposo tiene casi el doble de su edad, cosa común en los matrimonios romanos, pero Marcia no parece disgustada en absoluto con aquella unión pues se ve más hermosa que nunca y rebosante de energía a pesar de que ahora está esperando a su primer hijo. Cuando abraza a su hermano, lo empuja sin querer con su vientre tan abultado que no lo puede disimular si siquiera su amplia *stola*, aquel vestido propio de mujeres casadas, y ambos se ríen. Su esposo, un hombre de cabello entrecano y nariz aguileña, se ve muy imponente con su blanca toga senatorial con dos anchas bandas púrpuras; felicita a su joven cuñado con un fuerte apretón de manos y con una discreta palmada en el hombro.

Marcia la Menor, cuyo manto y túnica blanca de vestal contrastan con las vestimentas de colores vistosos de su madre y hermana, no puede acercarse a Lucio para abrazarlo pues a las castas sacerdotisas de Vesta se les prohíbe el contacto físico con cualquier persona, incluidos sus propios familiares; tan sólo lo saluda con una dulce sonrisa y con un discreto gesto de la mano.

Los esclavos se mantienen aparte pero es evidente que también les alegra ver al hijo de sus amos convertido en todo un hombre. Anticles, el antiguo pedagogo de Lucio, se ve el más contento de todos pues ahora, por un acuerdo previo con el amo, recibirá la libertad y también una considerable suma de dinero.

Nuba, la hija de la *ornatrix*, convertida en una jovencita encantadora con su piel de ébano, labios carnosos y relucientes ojos negros, contempla al joven amo con admiración no oculta y no percibe cómo se entristece repentinamente el rostro de Tares. Ahora que Lucio ya es un hombre, puede tomar como amante a cualquier joven esclava perteneciente

a su familia y Tares, quien hace tiempo sueña con los encantos de la hermosa nubia, no podrá hacer nada para impedirselo.

Los tres niños que otrora jugaban juntos en el peristilo de la casa, bajo la protección de sus lares y penates, ahora sí entienden lo grande que es aquella distancia que los separa.

Un nuevo ciudadano

A la parte "casera" de la ceremonia la sigue la parte "pública", en la cual no pueden participar mujeres ni esclavos. Al salir de casa en compañía de su padre y de su cuñado, Lucio vuelve a sentirse un tanto incómodo con su nuevo atavío masculino; le parece que todos los transeúntes se burlan de su torpeza pero los dos hombres mayores lo tranquilizan con sonrisas y gestos alentadores.

Los tres se dirigen al Capitolio, al templo de la diosa Juventas, hija de Júpiter y Juno que preside la vida humana entre la infancia y la madurez. Una vez dentro de la capilla, se inclinan frente a la estatua de la diosa, representada como una joven de bello rostro y mirada alegre, con una corona de flores en la cabeza, una copa de oro en una mano como recuerdo de su obligación a servir el néctar y la ambrosía a los dioses del Olimpo en sus espléndidos banquetes y una lira en la otra como el atributo de la alegría de la juventud.

Acto seguido, Lucio Marcio el padre le entrega a su hijo un denario de plata. El joven deposita la moneda sobre el altar de Juventas y luego quema frente a su imagen un puñado del incienso. Cuando el aroma invade todo el recinto, el padre y el cuñado de Lucio sonríen satisfechos; la ofrenda ha sido aceptada y la diosa acaba de tomar al joven bajo su protección.

El siguiente paso consiste en ir al Tabulario, el edificio del archivo oficial situado en el extremo noroeste del Foro, donde Lucio será inscrito en la lista oficial de ciudadanos romanos. Mientras los empleados del archivo cumplen con todas las formalidades, Lucio Marcio el padre trata de explicarle a su hijo que de ahora en adelante él entrará en una nueva etapa de su vida en la cual podrá participar en la política y ocupar cargos oficiales. El joven Lucio, quien aún hace poco jugaba en la calle con otros niños y no podía hacer ni un paso sin la vigilancia de su pedagogo lo escucha atento pero aun así le cuesta demasiado trabajo asumir de una vez el verdadero sentido de aquel discurso. Además, numerosos conocidos de la familia se le acercan a cada instante, lo felicitan, le dan sus propios consejos y recomendaciones así que su cabeza comienza a darle vueltas y se siente un tanto mareado. Lo único que entiende con certeza es que, a pesar de que oficialmente es un adulto, aún le falta muchísimo por aprender y que va a ser un aprendizaje muy distinto a aquel que ha recibido hasta ahora.

Iniciará el *tirocinio*, especie del aprendizaje de la vida pública bajo la dirección de su padre, de su cuñado y de algunos amigos cercanos de la familia, expertos en la política y la justicia que lo acompañarán al Foro, al Senado, a las sesiones de los tribunales y a otros lugares donde los adultos hablan de la política y rigen la justicia. Al mismo tiempo, continuará su formación con una especie de la "educación superior", conocida como la retórica, la enseñanza de leyes, filosofía y oratoria bajo la dirección de un *rhetor*, el grado máximo entre los profesores. En otros tiempos, casi todas las familias adineradas enviaban a sus hijos al exterior, más que todo a Atenas, a Rodas o a Alejandría pero desde que el emperador Vespasiano, famoso por su espíritu ahorrativo, tratando de evitar el éxodo de dinero de Roma, prefirió contratar a los más ilustres maestros de aquellas ciudades, traerlos a Roma a costo del Estado y pagarles la exorbitante suma de cien mil sestercios al año, se puede recibir una excelente educación sin necesidad de abandonar la capital.

Una vez terminada aquella formación, el joven puede comenzar oficialmente su *Cursus Honorum*, es decir, la carrera pública que siempre empieza con el servicio militar en alguna de las legiones. A Lucio le fascina la idea de ponerse la armadura, partir a alguna

provincia remota, ver con sus propios ojos los confines del mundo romano, custodiar las fronteras y enfrentar en combate a los dacios, los germanos, los partos o a cualquier otro enemigo de Roma. Sin embargo, aún le falta por lo menos un año completo para entrar en aquella vida llena de aventuras y peligros, tan distinta de esta existencia segura y ordenada que lleva ahora. ¿Por qué tendrá que esperar tanto?

El joven sofoca un suspiro y, mientras su padre y cuñado discuten acerca de los detalles del *tirocinio* de Lucio y otros asuntos importantes con varios amigos, todos vestidos con togas que los distinguen como magistrados de alto rango, contempla el Foro que se extiende ante sus ojos como una inmensa explanada con la majestuosa Basílica Julia en el centro, lugar de sesiones de procesos judiciales y otras reuniones oficiales, cuyos pilares y arcadas de mármol blanco hacen juego con el resplandeciente azul del cielo como el símbolo del inquebrantable poder de la justicia romana.

A Lucio le cuesta trabajo creer que de ahora en adelante él también forma parte de este grandioso sistema pero con el tiempo aprenderá a asumir sus deberes y responsabilidades de ciudadano.

Una cena romana

Al anoecer, cuando la tenue luz vespertina comienza a inundar con su resplandor rojizo las calles de Roma, insólitamente vacías y silenciosas tras la congestión matinal, frente al elegante portón de la *domus* de los Marcio Torcuato se congregan varias literas lujosas. El portero se apresura a abrir las pesadas puertas con chapas de bronce mientras los otros sirvientes ayudan a bajar a los hombres vestidos con elegantes togas y a las mujeres cuyas hoyas de oro y piedras preciosas resplandecen en los últimos rayos del sol. El senador Virtumnio Nigrino es el único quien, ignorando la presencia de los esclavos, ayuda

a descender de la litera a su esposa embarazada, la joven Marcia, con sus propias manos. por los que las otras damas los acompañan con unas miradas llenas de admiración y envidia. Los invitados de menor rango llegar a pie pero siempre en compañía de uno o varios servidores, armados con una lámpara o con un mazo, precauciones más que necesarias para poder volver a casa por las calles nocturnas donde la iluminación es escasa pero abundan ladrones y criminales.

Los ciudadanos adinerados organizan banquetes nocturnos con mucha frecuencia pero la cena de hoy promete ser especialmente fastuosa pues culmina la celebración de la fiesta de la toga *virilis* del joven Lucio Marcio Torcuato. Con tal motivo, la casa resplandece como nunca: numerosos lampiones de bronce corintio arden entre las columnas del atrio, adornadas con cintas rojas amarradas con elegancia a manera de corbatines; incluso en el *impluvium* flotan candiles en forma de barcos que portan velas cuyas llamas se reflejan en el agua. El efecto es impresionante por lo que los invitados aminoran el paso para poder contemplar a su gusto aquel maravilloso espectáculo.

El banquete tendrá lugar en el triclinium principal donde están instalados tres grandes lechos: uno contra la pared trasera y otros dos a la izquierda y a la derecha . El cuarto lado se queda abierto para no impedir a los comensales a disfrutar la magnífica vista del jardín con sus estatuas y fuentes alumbradas con lámparas colgadas de las ramas y de una vez para no estorbar el acceso a la mesa para los sirvientes.

Cuando los huéspedes entran, uno tras otro, en el *triclinium*, el anfitrión, Lucio Marcio el padre, de una vez los pone a todos en su sitio en pleno sentido de la palabra. Recostado en el lecho central, saluda a cada uno de los recién llegados y de una vez le indica su lugar; todos los sitios alrededor de la mesa están estrictamente reglamentados.

Su esposa Emilia les regala a todos una amable sonrisa mientras sus finos dedos juegan con un gran colgante de oro y perlas rosadas en forma de un racimo de uvas que

pende de su cuello y de una vez llama la atención de todas las mujeres, muy pocas de las cuales pueden permitirse el lujo de lucir semejante joya.

El *nomenclátor*, el esclavo cuya obligación principal consiste en presentar a los invitados, anuncia en voz alta sus nombres, los cargos que ocupan y sus méritos ante Roma. Desde su puesto, a mano izquierda de su padre, Lucio observa como los huéspedes se recuestan en sus lechos, entregan a los esclavos sus servilletas traídas de casa, tal como lo exigen las buenas modales, mientras las sirvientas, entre las cuales sobresale la encantadora Nuba, se les quitan las sandalias y les lavan los pies con agua perfumada. Trata de no perder ningún detalle de todo lo que sucede en su alrededor; no solo asiste a su primer banquete de adulto sino también se esfuerza por aprenderlo todo sobre su organización pues tarde o temprano tendrá que presidir sus propios banquetes que, lejos de ser unas simples reuniones de amigos y familiares para divertirse, conversar y disfrutar de comida y vino, son unos importantes actos de la vida social para establecer relaciones con personas importantes, estrechar alianzas, resolver asuntos políticos o de negocios, en fin, indispensables en la vida de todo ciudadano romano.

Lo primero es aprender a comportarse de una manera correcta, una tarea nada fácil para un joven que acaba de quitarse la *bullá* de la infancia. Cuando Lucio ve entrar en el salón a su fiel amigo Tito, experimenta un fuerte deseo de correr a su encuentro y saludarlo a gritos, como en otros tiempos, pero se limita con levantar una mano y sonreírle con discreción, por lo que de una vez recibe una mirada de aprobación de Lucio Marcio el padre.

Tito, quien ahora también lleva puesta la toga *virilis*, le responde de la misma manera. Su pelo rojo parece incendiado a la luz de los lampiones al igual que la exuberante cabellera de su madre, peinada en forma de una torre monumental y tachonada de gemas de distintos colores. El padre de Tito se ha engordado visiblemente y, cuando la familia entera se acomoda en el sitio que le corresponde, él solo ocupa casi la mitad del lecho.

Lucio se siente un tanto intrigado por lo que el lecho del invitado principal, en el lateral más cercano al anfitrión, sigue vacío. ¿A quién estará aguardando? Sin poder dominar su curiosidad, Lucio está a punto de preguntárselo a su padre en voz alta pero justo en aquel momento el *nomenclátor* anuncia la llegada de un nuevo huésped, un tal Sexto Cetronio Silano quien de una vez atrae las miradas de todos los presentes.

Aparentemente, el recién llegado no tiene nada en especial. Se trata de un hombre de unos cuarenta años, moreno, delgado pero bien formado, de cabello negro que le cae sobre la frente y las orejas en apretados rizos y de ojos oscuros y llenos de un brillo vivaz. Cuando el anfitrión le señala el lecho a su lado, algunos de los huéspedes no pueden disimular su sorpresa e incluso cuchichean descontentos. Cetronio Silano no es más que un nuevo rico, un provinciano que llegó a Roma hace varios años de algún remoto rincón de África. Se especula que por sus venas corre algo de sangre núpida, gétula o la de algún otro pueblo nativo de aquella provincia; otros opinan que sus ancestros habrían sido púnicos de algún linaje que había sobrevivido de milagro la destrucción de Cartago. Con toda seguridad, debe ser un digno descendiente de aquel pueblo de mercachifles pues, cuando llegó a Roma, era un don nadie, sin dinero ni amigos bien relacionados, por lo que durante su primer año en la capital tuvo que contentarse con un modesto apartamento en la Suburra y con la comida de las tabernas baratas pero luego hizo una gran fortuna con el comercio de animales africanos, pudo comprar una *domus* en la parte alta del Esquilino y relacionarse con personajes importantes. Aun así, sigue siendo un hombre nuevo, un arribista ante los ojos de las familias patricias más antiguas de Roma, algo que parece no importarle en absoluto a Lucio Marcio el padre quien piensa consolidar su prestigio en los círculos políticos organizando el próximo mes unos grandiosos juegos en el gran anfiteatro Flavio (que hoy conocemos como el Coliseo) y necesita convencerle a Cetronio Silano conseguirle unos animales tan raros como rinocerontes, cocodrilos, búfalos y jirafas por un precio razonable.

Al mercader de fieras exóticas lo acompaña una muchacha, poco más que una niña que no aparenta tener más de trece años, sin duda, su hija. Tiene el mismo tono de piel

entre dorado y aceitunado, el mismo cabello negro peinado con una gruesa trenza enrollada alrededor de la cabeza, los mismos labios carnosos y pómulos ligeramente prominentes. No lleva más que unos adornos sencillos, pendientes de plata en forma de medialuna y un discreto collar de pequeñas perlas de río, muy diferentes a la ostentación de las otras damas. Su principal adorno es su propia belleza fresca e inocente, sin una sola gota de maquillaje y sin el menor atisbo de afectación o falsedad.

-Mi hija Cetronia Silana -la presenta su padre -.Está un poco tímida pues es su primera fiesta con adultos.

Mientras Sexto Cetronio ocupa su sitio al lado del anfitrión, a su hija le corresponde el lugar junto a Lucio. El joven de una vez percibe la turbación de su vecina que, con toda seguridad, no se siente muy cómoda en medio de tantos adultos desconocidos por lo que trata de alentarla un poco.

-Sabes, yo también me siento un tanto perdido y, además, con toda esta tela encima -le dice con aire de confianza, jugueteando con los pliegues de su nueva toga.

La joven Silana le sonrío comprensiva y por primera vez le mira directamente a la cara. Tiene unos ojos insólitos, de un profundo color violeta que Lucio reconoce al instante pues no pueden haber otros ojos como estos en toda Roma.

-¿Aún tienes aquella muñeca que se te cayó del balcón? -pregunta inesperadamente para la muchacha y para sí mismo.

Los músicos, invisibles entre las plantas del peristilo, comienzan a tocar una melodía, al principio suave pero cada vez más intensa mientras los meseros dan el inicio a la cena, repartiendo entre los comensales las bandejas con el *gustus*, o entremeses destinados a estimular el apetito. Sin embargo, Lucio y Silana no prestan demasiada atención ni a las ostras y mejillones servidas sobre un lecho de hielo picado, ni a las

hogazas de pan recién horneado untadas de *ephippium* (espeso paté de aceitunas negras, vinagre, especias y aceite de oliva), ni a los mejores arenques y sardinas del Ponto, ni a los huevos duros de codorniz a las hierbas finas, ni a las ubres de cerda rellenas de erizos de mar que, colocados en fila en una gran bandeja, se asemejan a una explanada de minúsculos volcanes humeantes.

-Ahora también te reconozco -dice la muchacha -.Tú y tus amigos estaban jugando en la calle con una peonza y me moría de envidia mirándolos desde el balcón. Mi madre y yo acabamos de llegar de África para reunirnos con mi padre y me sentía muy aburrida en Roma donde no tenía a nadie con quien jugar. Mamá no me dejaba salir pues las calles le parecían demasiado peligrosas así que no me quedaba más que jugar con mi muñeca y mirar cómo se divertían los otros niños más afortunados...

Lucio sonrío recordando aquellos tiempos que ahora le parecen lejanos. Mientras tanto, llega el primer plato: langostas rellenas con caviar con una salsa caliente a base de algas marinas. Los comensales lo acompañan con un coro de admiración y de una vez comienzan a degustarlo con mucho entusiasmo. Los romanos no conocen el uso de tenedores pero cada invitado tiene a su disposición un cuchillo y dos tipos de cucharas, una para salsas y otros alimentos líquidos y otra, más pequeña y con el mango puntiagudo, para vaciar huevos y conchas de los mariscos. La mayoría de los alimentos se comen simplemente con las manos pero, a pesar de esto, al final de cada plato todos terminan con las manos impecablemente limpias ya que los esclavos alcanzan a todos las toallas y los recipientes con agua perfumada.

-Me acuerdo de tu madre -dice Lucio -.Estaba contigo en el balcón precisamente aquel día. ¿Cómo está ella? ¿Por qué no vino al banquete?

Una sombra perturba las delicadas facciones de Silana y oscurece el intenso color violeta de sus ojos.

-Murió hace cinco años, tratando de darle a mi padre un hijo varón que tanto deseaba -responde sordamente -.Y mi hermano no la sobrevivió más que por dos días...

Lucio siente un extraño ardor en la garganta y se apresura a calmarlo con un sorbo de *mulsum*, la mezcla de vino y miel, de su copa.

-Lo siento mucho, Silana.

La muchacha ahoga un suspiro. Lastimosamente, es una tragedia habitual en Roma donde tantas mujeres se mueren en el parto y tantos niños no sobreviven su primer cumpleaños.

Tratando de dispersar aquella tristeza que parece cernirse sobre ambos, Lucio se apresura a cambiar el tema y le pregunta a Silana sobre su vida en África. La muchacha se anima y le comienza a contar sobre aquella tierra lejana y maravillosa.

Lo hace con tanta pasión que Sexto Cetronio Silano interrumpe por un instante su conversación con el anfitrión y se vuelve hacia los dos jóvenes.

-Es cierto, tenemos una villa maravillosa cerca de Cartago así que me gustaría que nos visites allá, joven Lucio, con toda su familia -dice amablemente.

Los platos siguen uno a otro: faisanes adornados con su propio plumaje tornasolado de todos los colores de arco iris, lirones rellenos de piñones, gallinas de Numidia, alondras a los pétalos de rosa, parrillada de pescado, estofado de pulpo. Posteriormente, viene la segunda mensa, es decir, el postre en la que se sirven dulces y fruta. La última parte del banquete, la *commisatio*, una alegre competencia de brindis que se concluye muy tarde.

Durante todo este tiempo Lucio goza plenamente de su conversación con Silana y cuando llega la hora de la despedida y ve a la muchacha subir a la litera junto con su padre, siente una inexplicable tristeza.

Cuando se marcha el último huésped y la casa se sumerge en la oscuridad y el silencio, Lucio siente que, a pesar de que ha tenido un día muy agitado, no puede conciliar el sueño. Liberado del agobiante peso de la toga y cubierto únicamente por una ligera túnica, sale de su alcoba a la frescura del jardín y, para su gran sorpresa, descubre que no está solo.

Dos siluetas, una masculina y otra femenina, se funden en un estrecho abrazo. Lucio cree oír unos murmullos suaves, luego el sonido de un beso pero todo es ahogado por el constante arrullo del agua de la fuente. No se le ven las caras pero Lucio no tarda en reconocerlos. Bajo la luz de la luna el pelo del hombre comienza a desprender un suave brillo platino y entre toda la servidumbre Tares es el único que posee una cabellera de color tan insólito. En cuanto a la mujer, se mueve con una suave gracias felina, al igual que Nuba...

Lucio se retira con discreción y luego, en la oscuridad de su alcoba, termina dando vueltas y más vueltas entre los mantos de su cama que, por alguna razón, se han vuelto molestos y sofocantes.

IV

Los quehaceres de los adultos

Las clases de retórica acaban de terminar. Lucio camina apresurado, abriéndose paso a través del ajetreo del Foro donde el mundo entero parece darse cita para discutir, chismosear, intercambiar noticias o lavarle los huesos a algún político famoso. Tares camina a grandes pasos, casi corriendo, tras su joven amo, apretando contra el pecho

un pequeño cofre con rollos de papiro, tablillas cubiertas de cera, pastillas de tinta seca de sepia, cálamos, estilos y otros útiles de escritura.

Los jóvenes dejan atrás el tumulto del Foro y ya están a punto de desembocar en una calle que los conducirá hacia los Campos de Marte donde Lucio, como tantos otros jóvenes de su edad y posición, acude diariamente para practicar gimnasia, equitación y ejercicios con armas. De pronto, se detienen pues alguien en la multitud le llama a Lucio por su nombre.

Al volverse, ven a Tito quien avanza a paso rápido, también acompañado por su esclavo personal, un joven libio de piel cobriza y un minúsculo anillo de plata en la aleta izquierda de la nariz y con unas tablillas en las manos.

-Te llamo una y otra vez pero no te detienes -se queja Tito, dándole a Lucio una fuerte palmada en la espalda -.Creí que ya no querías verme.

-Y yo creí que te habías ido de Roma -dice Lucio -¿Por qué no has vuelto a clases? Justo hoy el *rhetor* me preguntó por ti y no supe que contestarle.

A los transeúntes no les agrada en absoluto que estos dos jóvenes, un par de "mocosos togados", tal como gruñe un aguador que porta una pesada vasija en su espalda, se han detenido a charlar en medio de una calle transitada. Para no incomodar a la gente y de una vez salvarse de sus codazos e insultos, los dos amigos se meten en el nicho de un pequeño pórtico lateral mientras Tares y el joven libio se quedan fuera para impedir que alguien perturbe el retiro de sus señores.

-Ya no tengo tiempo para los estudios. Mi padre acaba de adquirir otra *insula* en el Trastévere, bien lejos, y me puso a cargo de administrarla pues ya no tiene ni fuerzas, ni salud para hacerlo él mismo -comenta Tito -.Nos trae buenas ganancias pues en este barrio

viven muchos extranjeros, en su mayoría, sirios y judíos, y lo primero que busca esta gente es un alojamiento barato. A propósito, Myrtilo también se mudó allá...

Al oír el nombre de su otro amigo de infancia, Lucio percibe cómo la tristeza se apodera de todo su ser. Desde hace tiempo no ha vuelto a ver a Myrtilo quien, tras la muerte de su padre, tuvo que encargarse él solo de todo el negocio familiar pues su madre se había decaído mucho en los últimos meses y su hermana se casó con un mercader de telas, también sirio, instalado en el Trastévere, aquel alejado barrio popular en la ribera occidental del Tíber. Trabajando sin cesar, Myrtilo pudo aumentar considerablemente sus ingresos, contratar varios ayudantes e incluso ampliar la vieja tienda y abrir dos nuevas. Ahora ya no habita en aquel cuchitril sobre la tienda como en los viejos tiempos sino, según cuenta Tito, se ha trasladado a un apartamento decente en el Trastévere para estar más cerca de la familia de su hermana, bastante amplio y en la planta baja para que su madre no tenga la necesidad de bajar y subir las escaleras. También corren rumores de que su cuñado, quien tiene una hermana menor apenas núbil, insiste en que Myrtilo fortalezca los vínculos familiares tomándola como esposa así que seguramente pronto habrá la boda.

Lucio sonrío con aire de distracción. Por supuesto, le alegra que su amigo lograra salir de la pobreza y que la vida, después de tantos años de lucha, por fin le sonrío. No obstante, cuando forme su propia familia, tendrá nuevas preocupaciones y se alejará aún más de sus antiguos compañeros. Tito también se ve distante, ocupado con su nueva *insula* y sus nuevas obligaciones y, al parecer, ya no volverá a las clases de retórica, el único sitio en que Lucio lo veía con regularidad.

En cuanto al mismo Lucio, el año transcurrido tras su investidura con la toga *virilis* ha sido tan agitado que casi no ha tenido tiempo libre para poder reunirse con sus viejos amigos. Hasta el mediodía, está ocupado con sus obligaciones de *vigintivirato*, aquella etapa inicial que precede el *Cursus Honorum*, la carrera política de todo ciudadano romano. Consiste en cumplir distintas funciones en los tribunales a las órdenes de los senadores de rango mayor y requiere mucha disciplina. En la tarde, tiene sus clases de retórica donde se

esfuerzo por aprenderlo todo al pie de la letra, a pesar de que más que los textos de Cicerón y Quintiliano sobre el arte de la oratoria lo atraen los poemas de Homero y Virgilio, las historias de Herodoto, de Jenofonte y de Polibio así como los "Comentarios de la Guerra de las Galias" de Julio César. Luego, vienen las dos horas de entrenamiento en el Campo de Marte así al final del día Lucio se siente tan cansado que no puede pensar en otra cosa más que en su merecido descanso.

-Ya que nos encontramos, ¿por qué no aprovechamos la ocasión y nos divertimos un poco? -propone Tito -.Yo invito así que no te preocupes. Conocerás unos placeres dignos del mismo Epicuro, te lo garantizo.

-Tengo entrenamiento -se opone Lucio pero su amigo lo interrumpe decididamente:

-El Campo de Marte no se hundirá si pierdes una única jornada de ejercicios. Mañana estará en el mismo sitio, te lo aseguro, así que podrás recuperar con creces el tiempo perdido.

Lucio se encoge de hombros. Sabe que a su padre no le agrada para nada aquella repentina escapada de su hijo pero la perspectiva de romper aunque sea una única vez con aquella rutina tan rígida de todos los días le parece demasiado atractiva. Al fin y al cabo, siempre ha sido un joven tan correcto, tan ejemplar que a veces se siente aburrido consigo mismo.

-Tares, vete a casa y avisa a mis padres que hoy volveré tarde -dice finalmente a su fiel servidor -.Diles que me quedaré con Tito y que no se preocupen.

El joven tracio lo mira un tanto desconcertado pero no se atreve a contestar. El deseo del amo es la ley y al esclavo no le queda más que obedecerlo.

¡Todos a las termas!

Es la primera hora de la tarde. La mayoría de los romanos terminan de trabajar y consideran que ésta es la mejor hora para lavarse el polvo, el sudor y el cansancio del día entero en las termas. Aquellos baños públicos tan abundantes en Roma se distinguen del resto de las construcciones por las densas columnas de humo que se elevan sobre sus tejados y Tito y Lucio se dirigen hacia una de estas casas.

Una vez franqueada la entrada, los amigos penetran en una especie de vestíbulo cubierto con bóveda, llamado *apodytherium*, es decir, el vestuario. Al parecer, Tito visita este lugar con bastante frecuencia: saluda al portero y de una vez le entrega dos cuadrantes, pequeñas monedas de bronce, uno por sí mismo y el otro por su amigo, la paga habitual por la entrada en las termas. El sirviente libio de Tito no tiene que pagar nada pues para los esclavos, los soldados y los niños la entrada es gratis.

El portero quien, al parecer, conoce muy bien a Tito le dice con toda amabilidad que por otros dos cuadrantes podrá llamar a un esclavo para que éste custodie las ropas de los jóvenes señores.

-No hay necesidad, lo hará Matho -dice Tito, señalando a su servidor libio -.De todos modos, allí dentro no vamos a necesitar de sus servicios.

Realmente, los baños públicos disponen de numerosos esclavos muy bien adiestrados: el *balneator* es el esclavo que administra el trabajo de todo el personal, el *fornacator* lleva el control de la temperatura de los hornos que calientan el agua, el *plumbarius* inspecciona periódicamente el estado de las tuberías, el *unctor* suministra a los clientes con toda clase de perfumes y aceites y muchos otros que prestan servicios de masaje, manicura y depilación. Muchas termas romanas también incluyen gimnasios para hacer deporte, juegos de mesa e incluso bibliotecas y salas de lectura.

-En fin, todo lo que puede desear un ciudadano decente y algo más -bromea Tito mientras los dos amigos, ayudados por un par de esclavos, se quitan sus togas y sus sandalias que luego serán depositadas en unos nichos en las paredes. Como no hay puertas ni cerraduras, los robos son bastante frecuentes pero Lucio y Tito no tienen de que preocuparse debido a la presencia del fiel Matho.

Al quitarse toda la ropa, salvo el *subligaculum*, una faja de lino alrededor de las caderas, los dos jóvenes entran en el gimnasio que se ubica en un espacioso patio rodeado de columnas. Tito se siente allí como en su casa mientras Lucio mira a su alrededor con curiosidad no oculta. No visita los baños públicos con mucha frecuencia pues la *domus* de su familia es una de las pocas viviendas privilegiadas de Roma que tiene sus propias termas privadas. Hasta el momento, ha ido a las termas públicas en ocasiones contadas y siempre en compañía de su padre, su cuñado o de algún otro pariente mayor; para ellos, una visita a los baños, más que un simple acto de limpieza o diversión, es parte de la vida pública, al igual que las sesiones en el Senado, las asambleas políticas o fastuosas cenas con amigos importantes. Como resultado, para el joven Lucio aquellas visitas son más bien una continuación de su *tirocinio*, el aprendizaje de ciudadano, pero ahora, en compañía de Tito, todo parece distinto.

Pronto entiende por qué su amigo prefiere precisamente esta casa de baños a todas las demás: es una de las pocas termas mixtas. Habitualmente, las mujeres van a los baños públicos antes del mediodía y los hombres a las horas de la tarde, cuando se cierran los tribunales y las oficinas; la mayoría de las casas de baños en Roma trabajan en este horario pero algunas infringen aquella regla, permitiendo acceso de ambos sexos a la misma hora.

La casa visitada por nuestros amigos es de éstas últimas por lo que el gimnasio está lleno tanto de hombres como de mujeres de distintas edades. Mientras los hombres saltan, levantan pesas u organizan competencias improvisadas de lucha, las damas juegan con una pelota o corren tras unos aros metálicos que resuenan contra las losas del suelo. Los

hombres no se cubren más que con el *subligaculum*; en cuanto a las mujeres, la mayoría visten unas ligeras túnicas ceñidas al cuerpo a tal punto que revelan todas sus formas. Algunas, las más jóvenes y audaces, no ocultan su desnudez más que con dos sutiles tiras de cuero, una en las caderas y otra alrededor del pecho a modo de sujetador, todo un bikini.

Tito y Lucio se unen a un pequeño grupo formado por unos jóvenes aproximadamente de su misma edad y dos muchachas con llamativos trajes de dos piezas que juegan con una pelota de piel de conejo rellena de plumas. El juego consiste en pasársela al equipo rival, golpeándola únicamente con las palmas de las manos y sin dejar que toque el suelo; en realidad, es un precursor del actual voleibol. Los senos de las muchachas se bambolean y, cuando en algunos momentos del juego, el cuerpo se tuerce, incluso se quedan al descubierto; en ocasiones, los glúteos y las caderas también se ven de una forma "poco decente". Esto es lo que comentan entre sí un par de hombres mayores, seguramente senadores u otros magistrados de alto rango que, sentados en un rincón y envueltos en toallas de lino, reprueban con aire ceñudo la conducta de los jóvenes y su falta de respeto por los valores ancestrales. Uno de ellos incluso cita a varios autores famosos, desde Cicerón hasta Plinio el Viejo y Quintiliano que consideraban como el crimen de adulterio el simple hecho de que las mujeres entren en los gimnasios y piscinas junto con los hombres desnudos.

Sin embargo, a los jugadores no les importan demasiado aquellos sermones. El juego es apasionante y divertido pero también fatigoso así que al final del partido todos terminan jadeantes, empapados de sudor y ansiosos por sumergirse en las piscinas.

Tito convence a su amigo de pasar primero por el *sudatorium*, una sala tan llena de vapor que lo envuelve todo como una niebla. Los dos se sientan en unos bancos de mármol, esperando el sudor corra abundantemente por su piel y que todos sus poros se abran para que el baño produzca un efecto mejor. Acto seguido, pasan al *unctorium* donde se tumban en unas mesas y se entregan por completo a las hábiles manos de los esclavos masajistas que les aplican toda clase de aceites aromáticos y relajantes y luego retiran su exceso con

strigiles, unos raspadores curvados de bronce. La siguiente estancia que visitan es el *caldarium* donde se sumergen en una piscina llena de agua caliente, luego el *trepidarium* para nadar y chapotear durante un buen rato en agua tibia. El prolongado ritual del baño termina con un rápido chapuzón a la piscina del *frigidarium*, casi tan fría como el hielo; acto seguido, unos esclavos se apresuran a frotar a los bañistas con unas toallas gruesas y mullidas, provocándoles de una vez una agradable sensación de hormigueo en todo el cuerpo.

Finalmente, Lucio y Tito, relucientes de limpieza y envueltos en unas toallas, se sientan en un banco y reciben de las manos de un esclavo dos copas de vino mezclado con agua helada y un poco de miel.

-Los baños, el vino y los placeres de Venus desgastan el cuerpo pero son la verdadera vida -al citar aquel proverbio popular, Tito sonrío son aire satisfecho, pasa la mano por el fuego de sus cabellos aún húmedos y le guiña un ojo a Lucio -¿Qué tal si disfrutamos también de los placeres de Venus? Conozco un lugar cerca de aquí...

Lucio parpadea indeciso.

-Es limpio, acogedor, seguro y, además, no demasiado costoso -insiste Tito -.A diferencia de tantos otros sitios, allá no hay ningún peligro de que te roben o te contagien con una de esas enfermedades con las que Venus suele castigar a los imprudentes.

Tras una breve reflexión, Lucio asiente. De vuelta al *apodytherium*, los dos amigos se visten con toda prisa y, seguidos por el fiel Matho, se adentran en uno de los callejones que rodean el edificio de las termas.

Los placeres de venus

Los dos amigos caminan a través del Foro Olitorio, el mercado de verduras donde a estas horas de la tarde los últimos vendedores van desmontando sus puestas de venta; los aromas de melones, ciruelas, peras y otras frutas maduras, mezclados con la sutil fragancia de exóticos condimentos orientales, flotan en el aire impregnado de olores a vino y comida que salen de las puertas abiertas de numerosas tabernas y del húmedo aliento del Tíber.

Siguiendo el curso del río, pronto dejan atrás el área comercial y entran en una zona que Lucio desconoce por completo. Las casas en su alrededor tienen un aspecto sórdido y poco acogedor y los hombres que circulan por las tortuosas calles tienen un aspecto muy variado, desde los mendigos más miserables hasta los patricios reconocibles por elegantes togas, siempre en compañía de uno que otro esclavo armado.

-Nunca se debe venir solo a un sitio como éste -comenta Tito con tono de experto - .Pero con un guardián como Matho podemos estar tranquilos.

El libio quien camina unos pasos atrás de su joven amo cabecea afirmativamente. Los músculos que se perfilan bajo su piel cobriza, sus movimientos rápidos y llenos de cautelosa y amenazante gracia felina así como la expresión decidida de su rostro son tan elocuentes que ninguno de numerosos ladrones ni borrachos que pululan por la zona se atreve a molestar a nuestros amigos.

-¿Qué clase de mujeres atraen? -pregunta Tito cuando se detienen frente a las puertas de una casa grande y de aspecto un tanto mejor que las demás viviendas en su alrededor -¿Morenas, rubias, delgadas o rollizas?

Lucio se encoge de hombros.

-¿Quieres decir que nunca has estado con una? -comprende Tito.

Lucio asiente en silencio. No le agrada aparecer ante los ojos de su mejor amigo como un mocoso inexperto pero tampoco quiere mentirle. Al igual que todo joven romano de su época, no es un ignorante completo en el tema del sexo ya que creció rodeado de obras de arte que representan a dioses, diosas y héroes en toda su esplendorosa desnudez y en posturas poco castas. También ha leído numerosos poemas amorosos, tales como los apasionados versos de Catulo y el *Arte de amar* de Ovidio, otrora censurado y prohibido por el emperador Augusto. Sin embargo, hasta el momento le parecía imposible relacionar todo aquello con su propia persona. Ahora el momento ha llegado...

¿Cómo suele ser la primera vez de un muchacho romano? En casas ricas, donde abundan esclavas jóvenes y bonitas, una de ellas suele convertirse en la primera maestra de amor de su joven amo, con frecuencia, con el visto bueno del *paterfamilias* y otros mayores. En el caso de Lucio, todos esperaban que la primera mujer de su vida sería Nuba; incluso Tares, agobiado por los celos, estaba dispuesto a aceptarlo pues la voluntad del amo siempre es la ley y los sentimientos de un simple esclavo jamás le importan. Sin embargo, tras haber visto a la hermosa nubia abrazada al joven tracio al amparo de la noche, Lucio prefirió no inmiscuirse en la relación entre los esclavos y les dejó vivir de lleno aquel apasionado romance. Sabe bien que aquello le concederá una inmensa gratitud por parte de Tares y Nuba pero, por otro lado, dificultará su propio acceso en el misterioso mundo de los placeres de Venus. ¿Sería capaz de hacerlo ahora, en este lugar y con una mujer desconocida?

Sin embargo, a Tito no le preocupan en absoluto todas aquellas inquietudes de su amigo. Se acerca a la puerta con aire decidido y le da tres golpes seguidos con la palma de la mano. La puerta se abre inmediatamente y aparece un hombre robusto, de piel cobriza, curiosos tatuajes en forma de espirales sobre las mejillas y un anillo en la nariz; al parecer, es libio, al igual que el sirviente personal de Tito. Lleva un collar de esclavo en el cuello y un mazo colgado de su cinto; su aspecto es aterrador pero, en cuanto ve a Matho, le sonrío con alegría e invita a todos a pasar con un amplio gesto hospitalario.

Matho saluda al portero con un fuerte apretón de manos y le dice algo en la incomprensible lengua de su tierra natal; se nota que se conocen desde hace tiempo y esto explica, en gran parte, aquella acogida cordial. Mientras Matho se queda en el pequeño cubículo del portero a quien, sin duda, le agrada de sobremanera poder charlar un rato con un compatriota, Tito y Lucio pasan al espacioso recibidor.

Sus paredes, adornadas con pinturas de vivos colores de una vez llaman la atención de Lucio. Reconoce a Europa cabalgando desnuda sobre el lomo de Zeus convertido en toro; a Dánae bañándose bajo los brillantes chorros de la lluvia de oro; a Leda entrelazada con el cisne; a Peleo, el padre de Aquiles, luchando con Tetis que aparece con la cabeza y torso de mujer y la parte inferior del cuerpo transformada en la escamosa cola de un monstruo marino; a Apolo abrazando el tronco de un laurel con el rostro y los pechos de Dafne y a otros dioses y héroes.

Lucio conoce todos estos mitos desde niño pero ahora parecen adquirir un nuevo significado pues intente imaginar a sí mismo en el lugar de sus personajes pero sus fantasías son interrumpidas por la aparición de una mujer vestida y peinada con sumo esmero. A primera vista parece joven pero una gruesa capa de polvos y coloretes que cubre su rostro no logra disimular del todo profundas arrogas alrededor de sus ojos y de su boca pintada de un intenso color de vino tinto.

-Creí que ya nos habías olvidado, joven Tito -dice sonriendo. Su voz suena chillona y desagradable incluso ahora cuando se esfuerza por hablar con amabilidad.

-Como ves, querida Salonina, no te olvidé así que estoy de regreso y en compañía de mi amigo Lucio -responde el joven -.Espero que aún tienes a aquella muchacha ibera con el cuerpo de diosa que me agradó tanto la vez pasada.

La mujer cabecea negativamente y suspira con aflicción no disimulada.

-No eres el único quien se beneficiaba de sus encantos. Como es un lugar muy concurrido, lo visitan muchos hombres importantes: tribunos, senadores, pretores e incluso alguna vez los mismos cónsules -comenta con tono de confianza -.A uno de ellos les gustó tanto aquella muchacha ibera que quiso tenerla para él solo. Me ofreció por ella una suma tan generosa que no pude resistir pues era más de lo que habitualmente me traen otras chicas por toda una noche de trabajo.

-Por todos los dioses, jamás me imaginaría que alguno de esos viejos adinerados aún tenga tanto ardor en la sangre -balucea Tito descontento por lo que Salonina se apresura a animarlo:

-Pero no te pongas triste, me acaban de traer de Iberia tres muchachas nuevas así que podrás elegir entre ellas a cualquiera que te agrade. ¿Y qué le gustaría a tu amigo?

Lucio se estremece involuntariamente bajo la fría y estridente mirada de Salonina. Le desagrada de sobremanera esta mujer de voz chillona, ojos huidizos y sonrisa falsa; su presencia lo hace sentir incómodo, nervioso e incapaz de articular una sola palabra.

-Mi amigo necesita a una jovencita bonita, dócil y lo suficientemente experta para... para ayudarlo a empezar -contesta Tito en vez de su compañero aturdido.

Salonina le lanza a Lucio una mirada rápida y comprensiva.

-¿Así que es su primera vez? Creo que tengo aquí a alguien capaz de ayudarlo -con estas palabras la mujer desaparece al interior de la casa.

Apenas le quedan solos, Lucio le propina a Tito un puñetazo en las costillas que le hace gimotear.

-¿Qué te pasa? -exclama, indignado.

-¿Por qué le has dicho esto? -sisea Lucio al oído de Tito -.Sólo te falta salir al Foro y gritar a los cuatro vientos que yo nunca he estado con una mujer.

-Aquí, al igual que en una cita médica, hay que decir sólo la verdad -replica Tito -
¿Crees que eres el único virgen de Roma? Hace unos meses yo era al igual que tú pero ahora...

La discusión es interrumpida por el regreso de Salonina que viene acompañada por una muchacha vestida con una ligera túnica blanca casi transparente.

-¿No te agrada? -le pregunta Salonina a Lucio.

La muchacha no aparenta tener más que unos dieciséis años. Es alta, esbelta, de piel muy blanca, ojos tan claros que parecen del mismo color del cielo y cabello rubio que le cae revuelto hasta la cintura. Sin duda, es una germana del más allá de la frontera del Rin. Le sonrío a Lucio y le tiende la mano; el joven se la toma y se deja conducir a una de las habitaciones internas, lejos de todo el ruido y de miradas indiscretas

La muchacha del rin

-¿Cómo te llamas? -le pregunta Lucio a la muchacha en la penumbra del pequeño cubículo pero ella, al parecer, no entiende ni una sola palabra en latín.

En vez de contestar, alza las manos hacia las fíbulas que sostienen su túnica sobre los hombros y la hace caer al suelo. A la vista de aquel cuerpo desnudo que no tiene nada que envidiar a las más bellas estatuas de diosas y ninfas, Lucio reacciona inmediatamente como cualquier joven de su edad. Guiado por las cuidadosas manos de la muchacha germana y por su propio instinto, no tarda en cumplir con su propósito de convertirse en hombre pero, cuando alcanza la cima de placer, se siente un tanto decepcionado... a lo

mejor, porque en el fondo, en vez de la pálida piel de esta hija del Norte, le habría gustado más acariciar la otra, de un cálido tono aceitunado con reflejos de oro y ver el mismo fulgor de la pasión en unos ojos de intenso color violeta, los únicos e inolvidables, tan distintos de los ojos azules de la germana.

En la madrugada, cuando la muchacha se queda profundamente dormida, Lucio se levanta, se acerca a una pequeña mesa en el rincón sobre la cual hay una jarra y una copa y se sirve un poco de vino. Luego, con la copa en la mano, se sienta al borde de la cama y contempla a la muchacha dormida. Aunque se siente fatigado tras una noche sin dormir, no es capaz de conciliar el sueño.

Se inclina sobre su compañera de una sola noche y acaricia con suavidad sus rubios rizos desparramados por los hombros desnudos. Ni siquiera conoce su nombre pero sospecha que, a pesar de su juventud, debe tener a sus espaldas una tragedia. A lo mejor, su aldea natal terminó destruida por una legión romana y todos sus habitantes sobrevivientes vendidos como esclavos. Tal vez fue capturada por los guerreros de alguna otra tribu germana enemiga a la suya y vendida a unos traficantes de esclavos, algo habitual en las tierras fronterizas del Rin. Ya no siente ningún deseo carnal por esta jovencita sino una profunda compasión; de pronto, se acuerda de las palabras de la madre de Myrtilo acerca de los peligros que acechan en Roma a las muchachas pobres e indefensas. Ahora, tantos años después, sí es capaz de entender su verdadero significado.

¿Qué será a esta muchacha dentro de unos años cuando su belleza comience a marchitar y ya no podrá atraer a ningún cliente? Lo más seguro, terminará arrojada a la calle y se convertirá en alguna de aquellas mujeres escuálidas y harapientas que piden limosna en las esquinas o buscan su alimento en los basureros junto a los mercados. ¿Y cuántas otras muchachas, poco más que niñas, se ven obligadas a sufrir lo mismo en las otras celdas de esta misma casa, en toda Roma o en todo el Imperio?

Lucio se acerca a la pequeña ventana y abre los pesados postigos. La calle está oscura pero desde lo alto puede ver una silueta borrosa que avanza a trompicones, tambaleando y agarrándose de las paredes. Al parecer, se trata de un borracho que acaba de salir de una de las tabernas y ahora intenta llegar a su casa. No se puede decir con certeza si logra hacerlo pues las calles de Roma a esta hora son demasiado peligrosas para un transeúnte solitario.

Antes de internarse en un callejón, el borracho tropieza con algo parecido a un bulto tirado en el suelo que, de pronto, lo maldice con un grito desgarrador. Otros bultos desparramados en su alrededor también cobran vida; se trata de toda una familia -un hombre, una mujer y varios niños de distintas edades -que intenta dormir en plena calle. Seguramente, el propietario de la vivienda que ocupaban los echó a la calle por no haber pagado el alquiler.

El eco de los gritos retumba sobre las fachadas de los edificios pero la repentina aparición de una patrulla de vigiles pone fin a la riña y la calle vuelve a sumergirse en silencio. El cielo sigue siendo oscuro pero ya no se ven las estrellas. Dentro de poco, comenzará un nuevo día en la capital del Imperio más poderoso de este mundo donde, sin embargo, también abunda la gente pobre e infeliz.

V

Una carta de África

-Hijo, tenemos que hablar.

La voz del paterfamilias suena tranquila y mesurada como siempre pero Lucio presiente que se trata de algo importante. De lo contrario, su padre jamás lo hubiera citado

en su *tablinium* a esta hora de la mañana en que suele atender a los clientes, escribir cartas y resolver otros asuntos importantes.

Sentado frente a su progenitor al otro lado del gran escritorio de preciada madera de cedro, como un cliente cualquiera, Lucio trata de adivinar cuál podría ser el motivo de aquella reunión familiar. Lo más seguro, su padre va a regañarlo por haber faltado a algunos entrenamientos en el Campo de Marte. A lo mejor, incluso se ha enterado de las visitas de Lucio a la casa de placer de la vieja Salonina y ahora lo tildaría de lujurioso e inmoral y luego vendrá el castigo que Lucio ni siquiera se atreve a imaginar. Sea cuál sea, él mismo también tendrá que castigar a Tares pues el tracio es el único quien está a la corriente de las escapadas nocturnas de su amo y, al parecer, no supo guardar el secreto.

Lucio Marcio Torcuato el padre deja a un lado el rollo que acaba de revisar y lanza una mirada escudriñadora a su joven hijo quien, sentado al borde de una repisa de mármol y ligeramente inclinado sobre el escritorio para prestar atención a todo lo que le va a decir el *paterfamilias*, se asemeja a un reo a punto de escuchar su sentencia. De pronto, se acuerda de su propia juventud, cuando también se estremecía cada vez que su padre lo llamaba a su *tablinium* y a dudas penas oculta una sonrisa.

Realmente, sabe todo sobre las andanzas de su hijo. El fiel Tares no tiene la culpa de nada pero Torcuato el padre posee sus propios informantes. A través de ellos, sabe que su hijo visita de vez en cuando, solo o en compañía de su amigo Tito una casa de placer cerca del Foro Olitorio donde se reúne siempre con la misma muchacha germana de las tierras del Rin. En realidad, esto no le preocupa pues en sus años jóvenes Torcuato el padre también había tenido sus aventurillas y sólo después de su boda con Emilia se convirtió en aquel esposo y padre ejemplar que todo el mundo conoce. Tampoco le preocupa que Lucio pueda encariñarse demasiado con aquella muchacha germana; de todos modos, pronto cumplirá dieciocho años, edad en que entrará al servicio militar y con toda seguridad tendrá que marcharse lejos de Roma.

La situación en las fronteras es inquietante. Los germanos acechan a orillas del Rin, los partos amenazan desde Mesopotamia y los dacios, fortificados en sus boscosas montañas más allá del Danubio, planean una nueva rebelión. Seguramente, al joven Lucio le aguarda alguno de esos destinos porque, para mantener a salvo el Imperio, el emperador Trajano necesita más y más tropas en todas sus fronteras. Como cualquier padre, Torcuato el mayor se preocupa por su hijo pero, como cualquier romano, también es consciente de que debe prepararlo lo mejor posible para todos los peligros y vicisitudes de la vida militar. Por ahora, es importante que salga de la casa paterna, que aprenda a defenderse por sí solo y de una vez entienda que Roma no es únicamente una ciudad entre las siete colinas sino un mundo entero.

-Quiero que leas esto -con estas palabras Torcuato el padre le entrega a Lucio un rollo de papiro -.Acabo de recibirlo esta mañana.

Al desenvolverlo, el joven se sumerja en la lectura. Es una carta de Cetronio Silano, aquel mismo traficante de animales que Lucio había conocido el día de la celebración de la toga *virilis*. El comerciante le agradece a Torcuato el padre por haberle ayudado a contactar personas importantes, interesadas en organizar juegos en el Circo Flavio o adquirir bestias exóticas para sus fincas, y lo invita a pasar una temporada en su hacienda en África, en los alrededores de Cartago.

Por más que lea, Lucio no puede entender qué tiene que ver con él todo esto hasta que su padre dice:

-Cetronio Silano es un mercader honesto y pienso hacer con él otros negocios importantes. Por cortesía, debo aceptar su invitación pero tengo demasiado trabajo y no puedo dejar Roma precisamente en esta época. Por lo tanto, quiero que viajes tú.

Lucio parpadea una y otra vez con aire perplejo. Estaba esperando de su padre cualquier cosa menos semejante propuesta.

-Zarparás el próximo mes, apenas se abra la temporada de navegación -prosigue Torcuato el padre -.Podrás llevar contigo a tu esclavo personal y el mínimo del equipaje pues así es como viaja un hombre de verdad. También te voy a dar una pequeña suma de dinero para tus gastos pero nada de excesos, quiero que lo sepas de una vez.

Lucio asiente en silencio. No sabe si debe alegrarse o entristecerse. Por un lado, se siente feliz ante la perspectiva de poder viajar, ver el mundo y conocer la tierra tan lejana como África; por el otro, hasta el momento ha salido de Roma únicamente a las villas familiares junto al mar o en los Montes Albanos donde la familia se salva del calor en los meses más tórridos del año y siempre en compañía de sus padres. Ahora todo será completamente diferente pero a Lucio ni siquiera se le ocurre disputar la voluntad del *paterfamilias*.

¿Esclavo o amigo?

La época del *mare clusum*, "el mar cerrado", que dura entre noviembre y marzo, acaba de terminar y el mar está en calma por primera vez tras varios meses de tormentas invernales. Al dejar atrás el puerto de Ostia, la tripulación de una vez ha celebrado los ritos en honor a Poseidón y otros dioses marinos, rogándoles por un feliz viaje. La oración parece haber sido escuchada pues el viento sopla constantemente e hincha las velas, conduciendo la nave hacia el sur.

Se trata de un barco comercial común y corriente, de los que suelen llevar a bordo tanto la carga como a los pasajeros. El único camarote que posee está ocupado por el capitán; el resto de los tripulantes así como todos los pasajeros duermen sobre la cubierta, protegidos contra las inclemencias del clima únicamente por unos ligeros toldos.

Aunque el mareo no es muy fuerte, los primeros días de la travesía se convierten en una auténtica pesadilla para aquellos pasajeros cuyo estómago no es lo suficientemente fuerte y el pobre Tares es uno de ellos. Aunque aparenta ser mucho más fuerte y resistente que su joven amo, el tracio se siente terriblemente mareado apenas el muelle de Ostia desaparece tras el horizonte; pasa todo el tiempo tendido en la cubierta, vomitando sin parar. Aunque su obligación en este viaje es cuidar de su amo, ahora es Lucio quien, movido por la compasión, sostiene cuidadosamente la cabeza de Tares cada vez que las arcadas vuelven a sacudir su cuerpo, le limpia con paños húmedos el vómito y el sudor y, cuando éste se recupere un poco, le da unos sorbos de vino muy aguado y unas cucharadas de caldo de pescado.

-Lo siento mucho, amo -balbucea Tares cuando Lucio le limpia la boca y le pone bajo la cabeza.

-Descuida, cualquiera puede caer enfermo -contesta Lucio con aire despreocupado.

El rostro de Tares, siempre sonrosado y rebosante de salud, tiene ahora un siniestro color verdoso y sus ojos, rodeados de ojeras oscuras, parecen enormes. El corazón de Lucio se estremece. Ahora, cuando los dos están lejos de Roma, en plena mar, rodeadas de personas desconocidas e indiferentes, siente que, más que un simple esclavo, Tares es su fiel compañero y confidente, su único vínculo con la *domus* paterna. Quisiera hacer algo para aliviar sus sufrimientos pero lo único que puede hacer es estrecharle la mano y regalarle una sonrisa alentadora.

-No lo olvidaré jamás -dice Tares, tratando de sonreír con sus labios grises -.Y lo de Nuba tampoco... Gracias por dejármela, amo, pero ahora se quedó sola...

Ahora Lucio entiende que el mareo no es lo único que le hace sufrir al joven tracio. Sin duda, le dolió mucho separarse de Nuba.

-Yo la llevaría con nosotros con mucho gusto pero mi padre no me dejó tener más que a un acompañante -dice Lucio sin soltarle la mano a Tares -.Y a Nuba no le pasará nada malo, te lo aseguro. Mi madre la valora mucho y no permitirá que alguien la moleste.

-Es demasiado hermosa -suspira Tares -.Y hay tantos otros hombres en su alrededor.

-Si tú le importas tanto como ella te importa a ti, te esperará -asegura Lucio.

Agotado por su malestar y, aún más, por sus tristes pensamientos, Tares se queda dormido. Lucio se acuesta a su lado y se cubre con el manto, sintiendo que el constante balanceo de la nave lo sumerge en una duermevela.

Al amanecer, Lucio siente que el barco ha dejado de moverse. Se levanta tratando de no despertar a Tares que aún duerme acurrucado bajo el manto y se asoma por la borda. El barco acaba de anclar en el puerto de Lilibeia al oeste de la gran isla de Sicilia para abastecerse de agua potable para el resto de viaje. El azul del cielo sobre su cabeza es diáfano y luminoso y el agua del mar es de un tono verde tan claro y transparente que se ve con nitidez el arenoso fondo con algunos peses, manojos de algas y también restos de un antiguo naufragio.

Desde la altura de la cubierta, Lucio contempla fascinado los trozos del casco de la nave, el mástil partido por la mitad, el mascarón de la proa en forma de una nereida y el fondo repleto de ánforas y jarrones que, a lo mejor, contenían aceite o vino. ¿Qué pudo haberlo hundido tan cerca de la costa, una tormenta o tal vez un repentino ataque de los piratas? La piratería, aquella auténtica plaga de los mares a finales de la República, se ha reducido considerablemente en los tiempos posteriores pero aun así los viajes marinos no dejan de ser peligrosos.

De pronto, el mar se agita borrando la visión del naufragio. Una galera de guerra sale del puerto, partiendo el agua con su elevada proa. Pasa tan cerca de la nave mercante

que Lucio logra visualizar tres filas de remos entrando en el agua y saliendo de ella con un chapoteo sordo, a los remeros sentados en sus bancos y encadenados por los tobillos para impedir que salten por la borda y al capataz con un látigo que con un siseo siniestro restalla sobre las espaldas desnudas de aquellos infelices.

El amanecer que despunta sobre el puerto de Lilibea es espléndido pero no todos se sienten felices con su llegada.

¡Bienvenidos a Cartago!

Tres días después el barco llega al puerto de Cartago y, al dejar atrás el canal que lo une con el mar, atraviesa un gran lago en cuyo centro hay un faro y un santuario de Poseidón. La estatua de aquel dios en la fachada del templo se ve desde lejos porque su tridente de bronce dorado resplandece bajo el sol como una antorcha. Lucio lo contempla fascinado; incluso Tares, agobiado por su dolencia, se anima un poco a la vista de aquel maravilloso espectáculo.

La parte baja de la ciudad comienza en la misma zona portuaria, un populoso barrio lleno de almacenes, negocios, tabernas y posadas. La gente de todas las razas y colores de piel se apretuja en el muelle, gesticulando animosamente y discutiendo tanto en latín y griego como en innumerables dialectos locales de los cuales Lucio no es capaz de entender ni una palabra. Las togas y túnicas romanas se mezclan en la multitud con las capas de pieles de cabra de los gétulos, turbantes blancos y rojos de los nómadas, extrañas vestimentas azules de los garamantes, aquellos misteriosos jinetes del Gran Desierto de rostros siempre velados, y trajes típicos de otros pueblos nativos.

Lucio se siente un tanto perdido cuando toda una multitud se arremolina en su alrededor, ofreciéndole toda clase de servicios: hospedaje por un precio razonable, tabernas donde un viajero recién llegado puede saciar su hambre y sed, baños, transporte. El aspecto

de algunos de estos hombres es muy desagradable, incluso sospechoso; parecen unos auténticos ladrones o estafadores por lo que Tares, quien parece sentirse mucho mejor tan sólo al volver a pisar la tierra firme, mira cauteloso a todos lados, dispuesto a enfrentar a cualquier malhechor que pretenda tramar algo contra su amo.

Finalmente, Lucio elige a un hombre que le inspira más confianza que los demás. Se trata de un anciano cuyo rostro oscuro y curtido por el sol contrasta con la blancura de su turbante y de su barba. Cuando Lucio le da las señas de una hostería en Birsa, la parte más antigua de la ciudad, donde lo tiene que recoger uno de los empleados de Cetronio Silano, el viejo cabecea afirmativamente y dice en un latín apenas comprensible que no cobrará por sus servicios más que dos ases.

Como Lucio trae consigo muy poco equipaje, no tiene necesidad de contratar a un cargador ni, mucho menos, alquilar un asno para llevarlo al destino. Precedidos por el viejo guía, los dos jóvenes se adentran en el revoltoso laberinto de las calles de Cartago. Lucio se siente un poco decepcionado: pensaba encontrar al otro lado del mar algo realmente extraordinario pero la ciudad que recorre no se diferencia demasiado de Roma. En todas partes, se ven las mismas tiendas y tabernas, los mismos edificios de apartamentos de cinco o seis pisos y las mismas mansiones de los ricos con sus mármoles y mosaicos de colores, ocultas tras los imponentes muros y puertas con chapas de bronce.

-¡Allí está Birsa! -exclama el anciano, señalando con su dedo huesudo la legendaria colina, el último bastión de los defensores de Cartago en la tercera guerra púnica que, en vez de entregarse a la misericordia de los romanos, prefirieron morir bajo escombros del destruido templo de Eshmún y ni siquiera el mismo Escipión el Africano pudo impedirlo.

Mientras contempla aquella colina que ahora tiene un aspecto tan apacible, Lucio de una vez se acuerda de las historias de Polibio que narran las atrocidades sobre la destrucción de Cartago. Pero, una vez devastada hasta los cimientos, Cartago volvió a ser

reconstruida como una ciudad romana por orden personal del emperador Augusto y ahora se ve nuevamente rica y próspera.

Tras haber ascendido algunas calles empedradas y muy estrechas, llegan a la hostería. Es una edificación más bien modesta pero, como asegura el guía, es un lugar cómodo, tranquilo y no tiene nada que ver con aquellas posadas donde los viajeros decentes tienen que compartir la misma habitación con toda clase de maleantes porque los posaderos pretenden meter en un solo cuarto la mayor cantidad posible de huéspedes. No, aquí cada viajero cuenta con su propia habitación y, lo que es aún más importante, la hostería posee sus propios baños privados y su propia cocina donde se vende una comida sencilla pero sabrosa y barata.

Frente a la entrada hay una lápida que dice lo siguiente:

Si eres ordenado y limpio, encontrarás alojamiento en esta casa. Si eres un puerco, me avergüenza decirlo, pero también serás bienvenido.

Al leer aquel anuncio, Lucio se ríe a carcajadas y Tares no tarda en hacerle el eco.

Descubriendo África

Dentro de un par de días, a la hostería de Birsa llega un visitante quien pregunta por Lucio. Se trata de un hombre joven de poco más de treinta años, un nómada de piel cobriza, nariz aguileña y abundante cabellera de rizos negros.

-Me llamo Jarbas y estoy aquí por orden de mi señor. Voy a llevarte a su villa -dice en un latín correcto pero con el acento gutural propio a los norteafricanos y se lleva la mano al cuello para mostrarle a Lucio un collar de cobre pulido en el cual aparece grabado el nombre de su propietario: Sexto Cetronio Silano.

Lucio se siente impaciente por proseguir el viaje. Ya ha recuperado sus fuerzas tras su primera travesía marina y, con ayuda de aquel mismo guía que conoció en su primer día en Cartago, ha conocido casi todas las curiosidades de la ciudad: el teatro rodeado por una majestuosa columnata de mármol y pórfido, el Foro muy parecido a su análogo romano, el puerto siempre lleno de naves procedentes de todos los rincones del mundo y los colosales templos de Júpiter Hammón y Juno Tanit, una mezcla curiosa de la arquitectura romana con atributos de las divinidades ancestrales de Cartago. Tares también está completamente restablecido de sus dolencias, recuperó el apetito y el color habitual de su rostro.

En fin, tras haber pasado tres días en la pequeña posada, los dos jóvenes se sienten un tanto aburridos y dispuestos a proseguir con el viaje pero el nómada Jarbas enfría un poco su entusiasmo.

-El viaje es largo, durará casi tres días -dice con tono impasible -¿El señor lleva armas?

Lucio le muestra su pequeño pero afilado puñal con empuñadura de marfil dorado, el regalo de despedida de su padre. Jarbas lo mira sin decir nada pero en sus ojos, sorprendentemente claros en comparación con el color de su piel, brillan unas chispas burlonas. Tan solo ahora Lucio se da cuenta de que, además del puñal en el cinto, el nómada lleva dos jabalinas atadas a la silla de su caballo y un arco con flechas en la bandolera.

-Las fieras de África son muy peligrosas, ¿verdad? -dice Lucio, visiblemente impresionado por todas aquellas armas.

-Sí, sobre todo las que caminan sobre dos patas y les encanta el dinero ajeno - comenta Jarbas sin emoción alguna pero sus ojos de aguamarina vuelven a relucir con malicia.

Lucio no le hace más preguntas ya que simplemente no sabe cómo comportarse con este hombre que, aunque lleva collar de esclavo, se comporta con tanto orgullo y dignidad y tiene el porte propio más bien a un guerrero libre que a un humilde servidor. Por ahora, se limita con tomar en cuenta sus consejos para el próximo viaje que no promete ser demasiado cómodo.

Por lo general, los romanos adinerados viajan en una litera, portada por relevos de entre cuatro y ocho esclavos pero Lucio Marcio Torcuato el padre como cualquier romano chapado a la antigua considera que semejante medio de transporte es apropiado solo para las personas muy enfermas o muy ociosas. Jamás le permitiría a su hijo viajar de esta forma por lo que el joven Lucio tendrá que conformarse con el alquiler de un carruaje o de un caballo. Por consejo de Jarbas, opta por la segunda opción, mucho más rápida y eficiente que, sin embargo, requiere mucha fuerza y resistencia ya que las sillas de montar de los romanos son muy rudimentarios y carecen de estribos que serán inventados siglos más tarde.

Por suerte, Lucio es un buen jinete que ha tenido mucha práctica tanto con los caballos en la finca de su padre como en sus entrenamientos en el Campo de Marte. Tares también ha aprendido a montar junto con su amo así que los dos aceptan el reto.

Cuando dejan atrás las últimas edificaciones de Cartago, Jarbas explica que ahora deben tomar una calzada que conduce a Cirta, la antigua capital de Numidia, y luego desviar de la carretera principal hacia el sur. Al salir de la ciudad, Lucio se convence una vez más de que las calzadas de África son completamente idénticas a las de Italia: tienen una trinchera rellena de arena sobre la cual se tiende una capa de grava y arcilla, recubierta por losas distribuidas con sumo cuidado, para que el agua de lluvia salga por los bordes laterales.

En cambio, el paisaje que se extiende por ambos lados de la calzada, es de otro mundo que no se parece en nada a la campiña itálica. Los bosques de cedros, encinas, nogales y olivos silvestres que cubren las laderas del Atlas se turnan con extensas llanuras

tachonadas de frondosas acacias y arenas rojizas bordeadas de esbeltas palmeras dobladas bajo el peso de enormes racimos de dátiles. Por el camino se encuentran con grandes rebaños de antílopes y gacelas que corren a la desbandada a la vista de los viajeros y ven las nubes rosadas de los flamencos que bordean las costas de lagos cuyas aguas resplandecen como piedras preciosas engarzadas en oro de las dunas. Sin embargo, Jarbas considera preciso informar a sus compañeros de viaje que no todos los habitantes de esta tierra son tan hermosos e inofensivos. También hay leones y panteras que acechan sus presas en las espesuras del bosque así como las víboras y escorpiones cuyo veneno es capaz de matar a un hombre o un caballo en cuestión de minutos. Por suerte, los viajeros no se encuentran con ninguna de esas criaturas peligrosas ni tampoco con ladrones ni bandoleros y el viaje transcurre sin incidentes.

La vida provinciana

Al final del tercer día los viajeros llegan al destino. La villa de Cetronio Silano, situada sobre la cima de una colina, se ve desde lejos y de una vez llama la atención por su majestuosidad. Los seculares cipreses y pinos que la rodean por todas partes arrojan una densa sombra sobre sus pórticos y terrazas y de una vez sirven de barrera protectora contra los vientos que soplan del interior del Gran Desierto y traen consigo nubes de arena.

La casa señorial está rodeada de extensos campos de trigo y cebada, viñedos, olivares y huertas de nogales e higueras entre las cuales se ocultan las modestas cabañas de los sirvientes; más allá comienza una llanura cubierta de hierba abrasada por el sol con algunas manchas de matorrales espinosos, dunas de arena y rocas desnudas.

-Es una verdadera antesala del Gran Desierto -dice Cetronio quien recibe a su joven huésped en las puertas de su casa -.Vivimos aquí en el límite entre el salvajismo y la civilización y no es nada fácil, te lo aseguro.

-Antes creí que África era una provincia pacífica -contesta Lucio -.Al menos, de aquí nunca llegan noticias tan alarmantes como de las fronteras del Rin o del Danubio. Desde los tiempos del emperador Tiberio, cuando se sublevó Tacfarinas, no hubo aquí grandes revueltas así que...

-...así que basta que pases por el cementerio de Cartago o de cualquier otra ciudad africana y veas las inscripciones sobre las tumbas de ciudadanos romanos que dicen lo mismo: "Murió bajo la espada de un bárbaro" -concluye el anfitrión con un triste suspiro -.Las tribus de los montes del Atlas o del interior del Gran Desierto siempre atacan desprevenida, en grupos pequeños pero son guerreros feroces y los legionarios de la III Augusta, estacionada en estas tierras, no siempre llegan a tiempo para protegernos. No te lo digo para intimidarte, mi joven amigo, sino para prevenirte de todos los peligros. ¿Qué voy a decirle a tu honorable padre si algo te pasa? Bueno, ya no hablemos más de cosas tristes. Mejor vámonos a las termas pues necesitas quitarte el polvo de todas las calzadas que acabas de recorrer.

Lucio se deja conducir al interior de la casa. Le agrada Cetronio, hombre amable, hospitalario y al mismo tiempo lleno de dignidad; su forma de ser no tiene nada en común con el comportamiento excesivamente obsequioso y adulator de algunos clientes que visitan la *domus* de los Torcuato. También le agrada la misma casa que no tiene nada de aquel lujo chillón propio a las viviendas de otros nuevos ricos sino pone en evidencia el impecable gusto de su dueño: mosaicos en el suelo que representan más que todo a los animales y las escenas de caza, columnas de mármol húmeda de distintos colores, muebles de cedro con incrustaciones de marfil alrededor de un impluvium lleno de flores de loto, alfombras de pieles de leopardo y león y numerosas estatuas de los habitantes del Olimpo junto a las imágenes de las misteriosas divinidades púnicas y africanas.

Después de disfrutar de un baño largo y reparador, el huésped y el anfitrión cenan en una espaciosa terraza donde arden varias lucernas que dispersan la oscuridad de la noche africana y dos hermosas doncellas refrescan el aire, moviendo rítmicamente los grandes

abanicos de plumas de avestruz. Los esclavos sirven manjares locales: paté de liebre del desierto, caracoles tan grandes como la palma de la mano de un hombre adulto con toda clase de aderezos y tiras de tierna carne de pechuga de avestruz joven. Mientras disfrutaban de aquellas delicias, Cetronio habla animadamente sobre sus negocios.

-Cada vez quedan menos animales por lo que toca organizar expediciones más largas y costosas para atraparlos -se queja mientras saborea de su copa el fuerte y aromático vino casero -.Y transportarlos para que lleguen con vida al otro lado del mar tampoco es fácil.

Lucio lo escucha con interés. En Roma ha visto muchos juegos circenses pero jamás se ha imaginado qué costo pueden tener aquellos espectáculos. Además, quiere hacerle a Cetronio una pregunta que no tiene nada que ver con el tema del tráfico de animales; le gira dentro de la cabeza como una peonza pero Lucio no se atreve a formularla en voz alta.

Mientras tanto, los esclavos traen un nuevo manjar: un gran plato lleno de salsa amarilla a base de huevos y azafrán en cuyo centro se alzan unos extraños objetos oscuros y humeantes.

-Son patas de jirafa -dice Cetronio al captar el asombro de su huésped -.Puedo jurar que en Roma no has probado nunca nada semejante. Mi hija no sabe lo que pierde...

-¿Por qué no nos acompaña en la cena? -por fin se atreve a preguntar Lucio -¿Acaso está enferma?

-Gracias a los dioses, está bien pero en estos días hemos tenido una discusión tan fuerte que Silana se encerró en su cuarto y no quiere ver a nadie. Traté de convencerla salir al menos para saludarte pero es muy terca y siempre se sale con la suya.

Lucio sonríe para sus adentros. Ser a demasiado irrespetuoso preguntar cuál es la causa de aquella riña entre padre e hija pero le agrada de sobremanera pensar que Silana esté aquí, bajo el techo de esta misma casa.

Silana

Lucio despierta cuando aún es de noche pero algo lo impulsa a levantarse. Cruza la alcoba de puntillas, para no despertar a Tares quien duerme profundamente en una estera junto a la entrada y sale a la terraza. El cielo está cubierto de nubes que no dejan ver la luna, los pinos y los cipreses alrededor de la casa se elevan como siniestros moles oscuros y una brisa suave, la precursora inconfundible del amanecer, acaricia la piel con su agradable frescura.

-¡Ah!

Lucio no puede contener aquel gritillo cuando tropieza con alguien apenas visible en la oscuridad. Acto seguido, escucha una descontenta voy de muchacha:

-¿Quién anda aquí?

El viento dispersa las nubes y la luna alumbra la terraza. Por unos instantes, los dos jóvenes se miran de frente.

-Hola -Lucio por fin recupera el don del habla pero siente su lengua torpe y  spera -
.Ayer no pude saludarte así que me gustaría hacerlo ahora.

-Chist...  Acaso quieres despertar a todo el mundo?

-¿Pasa algo? Tu padre me dijo ayer que se habían peleado... -dice Lucio pero Silana lo interrumpe decididamente:

-Ahora no puedo hablarte. Regresa a tu alcoba o sígueme.

Silana le mira directamente a la cara y Lucio percibe un brillo travieso y desafiante en aquellos maravillosos ojos color violeta que ahora, en medio de la oscuridad, se ven negros y misteriosos. Sintiendo más intrigado que nunca, la sigue a través del patio que ambos cruzan a paso rápido. Cuando llegan al muro, Silana lo trepa con una agilidad sorprendente y Lucio, recordando sus ejercicios en el Campo de Marte, sigue su ejemplo. Los dos saltan y caen rodando por el pendiente de la colina, dejan atrás un olivar y finalmente tropiezan con una valla de espinosas ramas de acacia que encierra un corral con varios caballos. Silana aparta algunas ramas abriendo una entrada y se desliza al interior.

Los caballos la saludan con bufido amistoso. Silana palmorea cariñosamente el cuello de una hermosa yegua blanca y ésta comienza a bailotear de alegría.

-¿Me extrañaste mucho, Dido? -con estas palabras la muchacha salta sobre el lomo de animal y se vuelve hacia Lucio: -¿Quieres salir a cabalgar conmigo?

El joven asiente y, tras echar un vistazo a los caballos, escoge a un magnífico corcel negro.

-Ten cuidado, Yugurta es un animal algo nervioso -lo advierte Silana -¡Vamos, Dido!

La yegua que lleva el nombre de la legendaria reina fundadora de Cartago salta por encima de la valla y, guiada por la fuerte mano de la joven amazona, se adentra en la infinita llanura. El cordel negro, llamado en honor al rebelde rey de Numidia, al principio resopla descontento al sentir sobre su lomo el peso de un desconocido pero finalmente también salta la barrera y, obedeciendo a su jinete, se lanza al galope.

Durante un tiempo, cabalgan sumidos en silencio. El amanecer llega con una claridad grisácea, luego rosada y, finalmente, de un intenso tono de púrpura imperial que se derrama sobre la llanura y las estribaciones lejanas del Atlas que apenas se perfilan en el horizonte.

Ahora Lucio ve con claridad a su compañera de aventura y descubre que ya no es la misma niña tímida y frágil de otros tiempos. Próxima a cumplir catorce años, tiene unos pechos bastante desarrollados que ya sujeta con el *strophium*, la tira de tela que llevan las mujeres romanas a modo de sostén; el ancho cinturón de suave piel de antílope acentúa la esbeltez de su talle y sus piernas, enfundadas en pantalones de cuero y botas de gamuza, se ven largas, finas y a la vez vigorosas. No es un atuendo muy apropiado para una doncella romana de buena familia pero le sienta maravillosamente; además, las rígidas normas capitalinas en cuanto a la vestimenta parecen no tener demasiado importancia en las provincias.

Los primeros rayos del sol le arrancan a la tersa piel de Silana hermosos destellos de ámbar y cobre; el viento juguetea con la exuberante mata de su cabello que flota en el aire como una densa nube negra. A Lucio le encanta verla así, indómita y orgullosa como la misma Diana, la diosa cazadora.

Al internarse en una hondonada boscosa, Silana aminora el paso de Dido y Lucio hace lo mismo con Yugurta.

-Dejémoslos aquí -dice Silana, descabalgando -.Sígueme a pie y no hagas ruido, te mostraré algo maravilloso.

Lucio obedece, intrigado. Silana avanza a través de la maleza con rapidez, como si estuviera acostumbrada a recorrer aquellos agrestes parajes día tras día, y al mismo tiempo con cautela, como rastreando algo.

-Aquí están -susurra a media voz.

-¿Quiénes? -no entiende Lucio.

En vez de contestar, la muchacha señala un pequeño lago cuyas aguas cristalinas brillan más allá de los árboles. Varios elefantes de enormes orejas y afilados colmillos beben agua en la orilla y, al parecer, ni se dan cuenta de la presencia de los dos jóvenes.

Lucio observa, fascinado. En Roma ha visto muchos elefantes y otros grandes animales luchar en la arena pero todos aquellos espectáculos llenos de sangre y crueldad no son nada en comparación con la valiosa posibilidad de ver a aquellos gigantes africanos en su hábitat natural. Al mismo tiempo, siente que precisamente en este mismo instante surge algún vínculo que lo une a Silana, un vínculo muy especial que nace únicamente entre las personas que se encuentran juntos en algún lugar salvaje y peligroso.

Tras haber contemplado a los elefantes durante un buen rato, Silana comienza a retroceder, tratando de no hacer ruido y de no perder de vista a los animales. Lucio la sigue con la misma cautela y pronto vuelven a adentrarse en el bosque. El sol ya se ha levantado y sus rayos penetran a través de las frondosas ramas de las acacias, haciendo relucir sus troncos como columnas de un templo.

-¿Te levantaste tan temprano tan sólo para poder ver a los elefantes? -pregunta Lucio.

-Hoy fueron los elefantes; otro día puede ser una manada de gacelas, una jirafa que estira su cuello hasta lo imposible para alcanzar las ramas más altas o unos flamencos que vienen volando desde lejos y, cuando descienden, cubren el lago como una nube rosada - responde Silana.

Vuelve a mirarle a Lucio con sus insólitos ojos que en este instante parecen reflejar los mismos tonos azules y violáceos que el cielo matinal sobre sus cabezas y añade

con una sonrisa: -Nunca sabes lo que puedes encontrar aquí a esta hora pero siempre te encuentras con alguna criatura maravillosa y no te aburres jamás. Mi padre me permite ir a este sitio sólo en compañía de Jarbas pues no tiene la misma confianza a ningún otro esclavo. Cuando lo envié a Cartago para recibirte, quise salir sola pero mi padre no me dejó...

-¿Y por eso te has peleado con él? -pregunta Lucio.

-Sólo quería demostrarle a él que no es necesario cuidarme todo el tiempo. En Roma no podía salir a jugar a la calle con otros niños, aquí no me permiten cabalgar sola ni siquiera por los alrededores de la villa... ¡Qué aburrimiento!

-Tu padre se preocupa por ti y yo lo entiendo. Jarbas también me advirtió de que los caminos son peligrosos así que se debe...

Silana quiere responderle pero algo vuelve a llamar su atención. Lucio no escucha más que un leve ruido entre la maleza pero Silana se pone en guardia.

Al adentrarse en los matorrales, ven a dos pequeños cachorros de león que juegan a perseguirse en medio de la hierba seca casi del mismo color de su pelaje. Se ven tan encantadores y tan absortos por su juego que Lucio no puede contener la risa. En cambio, Silana se ve alarmada:

-Vámonos de aquí, rápido. La madre puede regresar en cualquier momento.

Sus últimas palabras son silenciadas por un rugido furioso. Una leona avanza agazapada entre la yerba con evidente intención de abalanzarse sobre los intrusos. Desesperado, Lucio desenvaina el puñal, su única arma, y se interpone entre Silana y el enfurecido animal. Sin embargo, cuando la leona ya está a punto de saltar, una flecha que parece venir del a nada se le clava en un costado. La fiera se revuelve, loca de dolor, pero

una segunda flecha le atraviesa el cuello. Con un rugido agónico, la leona se desploma en medio de terribles convulsiones y se queda inmóvil.

Jarbas sale de los matorrales con paso ligero y silencioso de cazador experto. Una vez convencido de la que la leona está muerta y que las vidas de la hija de su amo y de su joven huésped no corren peligro, el nómada se acerca a los cachorros que chillan atemorizados, los coge por el gárgula y, haciendo caso omiso a su resistencia, los mete uno tras otro en su alforja.

-No sobrevivirán solos -dice con una tranquilidad asombrosa -.Terminarán devorados por las hienas o simplemente muertos de hambre.

Silana, apenas hace un instante petrificada como una estatua, comienza a temblar. Lucio la abraza con fuerza, la estrecha contra su cuerpo; siente que su corazón late desbocado y un extraño calor que corre por sus venas.

Cuando regresan al sitio donde han dejado a los caballos, encuentran a Yugurta y Dido saboreando la yerba que aún se conserva verde y fresca al fondo de la hondonada en compañía de un tercer caballo de raza nómada que comienza a inquietarse cuando Jarbas ata a su silla la alforja con los cachorros.

Silana aún tiembla y Lucio vuelve a abrazarla.

-Cálmate, niña Silana, todo pasó y si me prometes que nunca más volverás a salir sin mí, no le diré nada a tu padre -dice Jarbas palmoteando el cuello de su caballo para tranquilizarlo -.Salimos todos juntos desde el principio y encontramos por el camino a estas pobres crías, al parecer, abandonadas por su madre, esto es todo. Y en cuanto a ti, joven señor, veo que eres valiente pues por poco te enfrentas a una leona con tan solo un puñal en la mano pero ¿acaso crees que es lo mismo que ver los juegos en el circo? Uno de estos días mi señor va a organizar una cacería de verdad, allí podrás aprender mucho.

Lucio no se atreve a mirarle a los ojos a este esclavo extraño que parece tener más valor y dignidad que muchos hombres libres. África acaba de mostrarle su verdadero rostro, oculto hasta el momento tras las villas y las calzadas romanas.

VI

El tribuno militar

Densos nubarrones plomizos cubren el cielo sobre el valle de Tapae al norte del Danubio. Desde el lomo de su caballo, Lucio contempla aquel lugar nefasto donde hace años ha dejado de existir la gloriosa Legión V Alaudae y recuerda la historia del viejo Macron sobre sus compañeros cuyos huesos se quedaron por siempre en estos parajes y siguen clamando venganza. Por el momento, aquel boscoso valle se asemeja a un mar oscuro y desierto por lo que resulta difícil creer que en aquel preciso instante alberga tanto el enorme ejército del rey Decébalos oculto en las espesuras como a las cuatro legiones y las dos cohortes de la guardia pretoriana, comandadas por el mismo Marco Ulpio Trajano, el emperador de Roma. El choque entre aquellas dos tropas es inevitable pero por ahora un profundo silencio reina tanto en el mismo valle como en las dos cadenas montañosas que lo delimitan al este y al oeste y llevan los impronunciables nombres locales de Semenic y Banatului.

El pálido sol boreal que a duras penas se abre el camino a través de las nubes se refleja sobre la superficie plateada de la *lorica musculata* de Lucio, armadura que reproduce con precisión los músculos de su torso y el viento que sopla desde las cumbres ondea las blancas plumas del penacho de su casco y los pliegues de una capa con una franja púrpura, atributos que lo distinguen como tribuno militar, su primer cargo oficial dentro del *Cursus Honorum*. A sus diecinueve años, tendrá que demostrar que tiene suficiente valor, carácter y dones de mando para aquellos importantes puestos que lo esperan en el futuro.

El legado Tercio Juliano, comandante de las tres legiones del segundo contingente del ejército romano, alza la mano llamando la atención de todos los tribunos y decuriones. Lucio también gira a su caballo y acude a la llamada de su superior.

-Gracias a nuestros exploradores sabemos que numerosos jinetes sármatas, aliados de Decéballo, aguardan allí, escondidos en el bosque -dice Tercio Juliano, señalando los agrestes montes Semenik -.Aguardan su momento para emboscar las legiones del emperador apenas estas se internen en el valle y entren en combate con la infantería dacia de Decéballo. Por lo tanto, nuestra tarea consiste en cruzar estas montañas sin ser descubiertos antes del tiempo, entrar en el valle por el lado donde nadie nos espera y atacar al enemigo por la retaguardia. Advierto a todos los novatos que los *falx* de los dacios parten por la mitad a un hombre de un solo golpe y los *catafractos* sármatas, aquellos jinetes acorazados de pies a cabeza, son casi invulnerables así que no será una lucha nada fácil. Pase lo que pase, no tenemos que permitir que los bárbaros rodeen las legiones del emperador, de lo contrario, nos pasará a todos lo mismo que a la tropa de Domiciano hace quince años. ¿Hay preguntas?

El legado da la espalda a los montes Semenik y por primera vez en todo este tiempo mira a sus oficiales. Todos ellos, desde los veteranos más expertos hasta los jóvenes del primer año del servicio, tiene mil cosas por preguntar pero, tensos bajo la gélida mirada del comandante, no se atreven a abrir la boca.

-Cuando entremos en el bosque, ¿cómo sabremos si ya podemos atacar o no? - finalmente pregunta Lucio.

Tercio Juliano lo mira con una mezcla de desprecio y curiosidad. Durante su larga carrera militar, el legado ha visto muchos jóvenes semejantes a este tribuno novato. Vástagos de nobles familias, suelen ser, en su mayoría, muchachos petulantes y malcriados que no tienen la menor consideración a los soldados y, sin saber nada, se creen conocer todo. Por suerte, existe otro tipo de jóvenes aristócratas que no se presumen demasiado ni

desprecian los sabios consejos de los veteranos; poco a poco, se integran en la difícil vida castrense y con el paso de tiempo se convierten en excelentes comandantes con la perspectiva de una brillante carrera militar. Por ahora, no se puede definir con certeza a cuál de estas dos categorías pertenece el tribuno Lucio Marcio Torcuato pues ha ingresado en las filas hace apenas pocos meses y no ha estado aún en un combate de verdad pero si quiere regresar vivo de esta campaña, debe aprender cuanto antes una actitud correcta.

-Tendrás que descubrirlo tú mismo, tribuno -contesta el legado -.Y lo descubrirás a su momento debido, en caso de que aún sigas con vida.

¡Legiones, en marcha!

Los montes Semenec son tan escarpados que todos los oficiales y soldados de caballería se ven obligados a desmontar y ayudar a sus caballos conduciéndolos por las bridas. Lucio siente que el sudor le corre a chorros empapándole la túnica en la espalda, el casco se le aprieta la cabeza y la armadura se vuelve más pesada que nunca. Sin embargo, avanza con obstinación e intenta mantener el mismo ritmo que los soldados que lo rodean para que ninguno de ellos se dé cuenta de su debilidad.

-¿Qué, tribuno, no es lo mismo que pasear por los jardines de tu villa? ¿Ya se te salieron ampollas en tus tiernos pies de señorita?

Lucio se estremece al oír de cerca la ronca y áspera voz del decurión Rutilio, veterano de muchas batallas quien lo mira con burla no oculta en sus ojos oscuros apenas visibles bajo unos párpados pesados y tuerce sus labios gruesos en una mueca desdeñosa.

Lucio se siente desnudo bajo la penetrante mirada de este hombre, inferior en su grado pero superior en su edad, su experiencia, su valor y en todo lo demás. Desde el

primer día de Lucio en la legión, Rutilio ha elegido al joven tribuno como objeto de sus bromas, tratando de ponerlo en ridículo frente a toda la tropa.

Los soldados lanzan una risilla, tapándose la boca con las manos para que el eco de la montaña no lleve el sonido hacia los oídos del enemigo. Lucio piensa que muchos de estos hombres no llegarán vivos hasta el final del día y no se enoja con ellos. Para distraerse un poco, trata de pensar en otra cosa. De una vez, ante sus ojos surge toda su familia, tal como la vio por última vez el día de la despedida. Ve a Torcuato el padre, igual de calmado y lleno de dignidad y a su madre Emilia que, aunque afectada por el dolor de la separación, mantiene intacto su porte orgulloso y elegante de dama romana. También ve a su cuñado Virtumnio, a Marcia la Mayor embarazada de su segundo hijo y a la pequeña Virtumnia, un tanto asustada ya que no pudo reconocer a su joven tío Lucio en aquel guerrero de reluciente armadura. Marcia la Menor, encargada de custodiar aquel día la llama sagrada de Vesta, no pudo venir a la despedida pero Lucio la imagina con facilidad frente al altar, rogando a la diosa por la vida de su hermano.

Los esclavos también estaban apenados por la partida del joven amo, sobre todo, Nuba ya que su querido Tares se ofreció a acompañar a Lucio a las tierras de Dacia por voluntad propia, sin que nadie se lo ordenara. Los pensamientos de Lucio vuelan involuntariamente hacia su fiel servidor que viaja con la impedimenta junto a otros esclavos, obreros, mercaderes y los demás no combatientes que siempre acompañan el ejército romano. Si la batalla se pierde, el destino de toda esta gente será terrible pues los bárbaros suelen masacrar a todos aquellos civiles con la misma crueldad que a los soldados y oficiales. Para sus adentros, Lucio evoca a los dioses pidiéndoles librar a Tares de semejante destino e, inesperadamente para sí mismo, pronuncia su nombre en voz alta.

Rutilio no tarda en gastarle una nueva broma:

-¿Extrañas tanto a tu muchacho tracio, mi tribuno? ¡Por supuesto, sin su ayuda no eres capaz de bañarte, de vestirme y ni de limpiarte el trasero!

Los soldados vuelven a reír pero Lucio no les hace caso porque ahora sus pensamientos vuelan muy lejos de aquí, hacia las cálidas tierras de África, tan diferentes a estas escarpadas montañas y tenebrosos bosques.

Fiel a su promesa, Jarbas no le dijo a su amo ni una palabra sobre el incidente con la leona y tan sólo le mostró con orgullo a los cachorros capturados. Silana de una vez anunció que los pequeños se quedarían en la villa y nunca serían vendidos a ningún circo. Para evitar una nueva discusión con su indomeñable hija, Cetronio Silano no tardó en rendirse. Pronto los cachorros, llamados Cástor y Pólux, se olvidaron de su madre, corrían por todas partes detrás de Silana y no comían más que de sus manos. En tales momentos, la muchacha le parecía a Lucio la viva imagen de Diana la Cazadora, digna de ser adorada como toda una diosa pero no se atrevió a decírselo hasta el último día de su estancia en la villa, cuando ya era hora de despedirse. Estaban en el jardín, en compañía de Cástor y Pólux que se revolcaban alegres en la hierba y, cuando Lucio por fin pudo articular su extraña declaración, Silana lo miró sorprendida. Sin embargo, no protestó cuando Lucio la atrajo hacia sí y rozó con sus labios, con infinita delicadeza, los de la muchacha.

¡Qué lejos se ha quedado toda aquella vida donde todo era tan fácil y tan seguro! Incluso el encuentro con la leona furiosa no le parece ahora a Lucio ni la mitad tan peligroso como el inminente choque con miles de bárbaros atrincherados en el bosque y ansiosos por derramar la sangre romana.

La batalla

Los soldados de la caballería auxiliar, en su mayoría tracios, ilirios y britanos, que van en la vanguardia son los primeros en encontrarse con los temibles jinetes sármatas en la espesura del bosque en la ladera occidental de los montes Semenik. Los *catafractos* emergen entre los árboles como auténticos moles de metal montados en unos caballos de aspecto igual de monstruoso, a la sombra de sus estandartes en forma de dragones cuyas

colas largas ondean con el viento como llamas de fuego y las fauces abiertas parecen burlarse del enemigo.

Cuando los auxiliares los embisten por la espalda, los *catafractos* se muestran un tanto desconcertados. Aquel ataque sorpresa, sin duda, embrolla los planes del rey Decébalos pues en vez de apoyar a sus aliados que en este mismo momento están luchando contra las legiones de Trajano en pleno centro del valle, los sármatas se ven obligados a enfrentarse a un nuevo enemigo que viene descendiendo de las montañas como una avalancha. Sin embargo, son guerreros valientes y expertos por lo que reaccionan inmediatamente: giran a sus caballos, reagrupan sus filas y contraatacan con tanta ferocidad que los auxiliares no resisten. Sus espadas se chocan contra las protecciones metálicas de los *catafractos* y éstos, a su vez, responden con sus temibles lanzas con tanta certeza que la sangre corre profusamente.

Alentados por aquel primer éxito, los bárbaros lanzan unos alaridos salvajes que resuenan por todo el bosque. El legado Tercio Juliano, lejos de perder la cabeza, desenvaina su *spatha*, espada de la caballería romana, mucho más larga y de mayor alcance que el *gladius* usado por los legionarios de la infantería, y comienza a golpearla contra el escudo. Los tribunos agrupados en su alrededor lo imitan de una vez y Lucio, contagiado por aquel ímpetu, hace lo mismo. Pronto aquel gesto es repetido por los soldados de las tres legiones enteras que se despliegan por detrás de la línea quebrantada de los auxiliares.

Aquel golpeteo rítmico no tarda en silenciar el alarido de los bárbaros y tiene un gran efecto psicológico: los sármatas descubren que el enemigo es numeroso y está dispuesto a combatir hasta el final.

-¡Adelante! -ordena Tercio Juliano y su poderosa voz de una vez hace silenciar todo el ruido -¡Por Roma y por Trajano!

La caballería se lanza al ataque y los legionarios de la infantería avanzan tras ella. Lucio también fustiga a su caballo pero, antes de arrancar al galope, escucha la voz del decurión Rutilio que por primera vez le dice sin su habitual sarcasmo:

-Pase lo que pase, mantente junto a mí, tribuno. ¡Hazlo y quedarás vivo!

No alcanza a responderle porque ambos terminan arrastrados por la avalancha del ataque romano. En este instante Lucio no se siente asustado ni indeciso; el ardor combativo de sus compañeros es contagioso y parece envolverlo como un halo de invulnerabilidad.

El choque es fatal cuando decenas de jinetes se golpean entre sí. Un sármata acorazado le cierra el paso a Lucio y le arroja su lanza. El joven romano logra esquivar la mortífera punta pegando su cuerpo al cuello de su caballo y, acto seguido, la espada bárbara golpea su *parma*, ligero escudo oval de caballería romana. Lucio responde con un movimiento rápido de su propia *spatha* y alcanza el brazo de su contrincante. Aunque la espada se choca contra el metal de la protección, la punta se tiñe de sangre y al sármata se le escapa un grito de dolor; deja caer su arma y se aleja apretándose contra el pecho su brazo herido. ¡En fin, aquellos temibles *catafractos* no son tan invulnerables como parecen a primera vista!

Pronto los romanos descubren que los jinetes acorazados no son el único enemigo peligroso. Los arqueros a caballo, mucho más ligeros y ágiles, disparan sus flechas con una precisión mortal, causando cuantiosas pérdidas. Cuando Rutilio se enfrenta cara a cara a un *catafracto* que, al juzgar por su yelmo dorado y armadura hermosamente decorada, es un jefe importante de su pueblo, un arquero prácticamente invisible en la maleza dispara contra el decurión apuntándole justo entre el casco y la coraza. Aunque la flecha termina desviada por una ráfaga de viento y no logra más que arañar el cuello del veterano, el dolor lo paraliza por un instante y su contrincante se aprovecha de esto. Con un rugido triunfal, el sármata blande su *sagaris*, hacha de doble filo, con intención de derrumbarla sobre la cabeza del romano.

Lucio, quien sigue el consejo de Rutilio de mantenerse a su lado, contempla aquel duelo tan de cerca que siente la respiración entrecortada de ambos rivales. Cuando el sármata alza el brazo con el *sagaris*, el joven romano descubre un punto débil en su protección, justo bajo la axila donde las escamas de la armadura se separan un poco. Sin pensarlo dos veces, embiste al sármata por el costado y le hunde la *spatha*. El bárbaro vuelve a rugir, esta vez de dolor. Un chorro de sangre brota de la herida cuando Lucio tira de la espada tratando de liberar el filo atascado entre las costillas. Acto seguido, el *catafracto* se desploma pesadamente mientras su caballo huye despavorido. El arquero escondido en la maleza lanza una segunda flecha que Lucio atrapa con su *parma* y no tiene tiempo de sacar una tercera porque Rutilio, ya recuperado tras el impacto, lo degüella con un tajo rápido y preciso.

De pronto, Lucio siente que su boca se llena del repugnante sabor a bilis y, sin poder aguantarlo, vomita ruidosamente desde lo alto de su caballo sobre los cuerpos sin vida de los sármatas. No es nada fácil matar por primera vez a un ser humano aunque sea un bárbaro y enemigo de Roma. Rutilio le da una fuerte palmada en el hombro que resulta más reconfortante y expresiva que cualquier palabra.

Lucio reacciona y ambos avanzan con el resto de la tropa. Ahora cabalgan a toda velocidad al lado del legado. Cubierto de polvo, barro, hojas secas y sangre enemiga, Tercio Juliano combate en primera línea y su valor alienta a los romanos ninguno de los cuales quiere ser visto como un cobarde ante los ojos del comandante. Al mismo tiempo, su capa escarlata y el gran penacho longitudinal de su yelmo lo convierten en un blanco demasiado visible. Cuando la caballería romana entra en una estrecha hondonada, varios arqueros escondidos entre las rocas y árboles disparan sus flechas apuntando al legado. Varios proyectiles golpean en el pecho a su caballo que cae rodando por el suelo pero los dos jinetes más cercanos al comandante que son Lucio y Rutilio se adelantan y se apresuran a cubrirlo con sus escudos en alto.

Lucio siente que algo lo golpea con fuerza bajo las costillas, de lado derecho, y se tambalea en su silla pero se esfuerza por no caer porque no tiene derecho a fallarle a su superior.. Acto seguido, los legionarios furiosos rastrean la maleza que no tarda en llenarse de gritos agónicos de los bárbaros. Por suerte, Tercio Juliano, un jinete experto, ha logrado saltar de su caballo sin que éste lo aplaste con su peso y no ha sufrido más que algunos rasguños sin importancia. Rutilio derriba a un jinete sármata y le ayuda al legado a subirse al caballo del bárbaro caído. Al ver a su comandante sano y salvo, los romanos vuelven a atacar con ímpetu renovado.

Lucio cabalga al paso con los demás pero el dolor en su costado derecho es cada vez más punzante y algo caliente chorrea por su piel, empapando la túnica y el cinturón. Al bajar la mirada, ve el asta de una flecha vibrando a cada paso del caballo. La *lorica musculata*, tan cómoda para montar a caballo, no protege el cuerpo más que por encima de la cintura y el proyectil enemigo ha golpeado a Lucio justo por debajo de la coraza. El primer impulso del joven es tirar de la flecha para sacársela de la herida pero la punta dentada no cede. Entonces, se limita con romper el asta casi a ras de la piel y suspira con alivio pues las vibraciones desaparecen y el dolor se vuelve más tenue.

Poco a poco, los sármatas comienzan a retroceder, primero lentamente y luego con tanta rapidez que parece una auténtica huida. Pronto los gritos victoriosos de los legionarios de Tercio Juliano se funden con el ruido de la otra batalla, en pleno corazón del valle. Las fuerzas de Decébalos están ahora entre las cuatro legiones de Trajano y las tres de Tercio Juliano como entre la espada y la pared.

Mientras tanto, los nubarrones ocultan el sol, los relámpagos surcan el cielo, el trueno resuena sobre las cabezas de los integrantes de ambos ejércitos y la lluvia comienza a caer a cántaros. Lejos de desanimarse, los comandantes romanos arengan a sus soldados, afirmando que aquella tormenta es la señal de la buena voluntad de Júpiter mientras los dacios, por el contrario, ven en aquel aguacero la muestra de la ira de su dios Zalmoxis.

Huyen despavoridos pero la caballería romana los rodea por todas partes y solo muy pocos, encabezados por el rey Decéballo, logran escapar.

Pero Lucio no participa en aquella persecución. Una nueva ola de dolor que ahora parece nacer en sus mismas entrañas sacude todo su cuerpo; ya no es capaz de sostenerse sobre su caballo y lo último que oye es aquel chapoteo sordo que produce su propio cuerpo al desplomarse en el lodo que no tarda en cubrir todo el fondo del valle de Tapae.

Los vendajes de púrpura

El aguacero azota con sus chorros a los vivos y a los muertos, a los vencedores y a los vencidos. Haciendo caso omiso a aquella tormenta, Marco Ulpio Trajano, el emperador de Roma, camina a través del campo de la reciente batalla seguido por sus altos oficiales y por su escolta de pretorianos que forman un muro protector por ambos lados del soberano. El hombre más poderoso del Imperio está cansado pero camina a paso firme y rápido. Aunque acaba de ganar una batalla muy importante, se siente preocupado por los heridos y tiene que cumplir su deber ante todos aquellos hombres que han derramado su sangre por Roma y su emperador.

Todo el valle está cubierto de cuerpos ensangrentados. Está anocheciendo y desde los boscosas laderas de los montes de Semenik y Banatului comienza a sonar el aullido de numerosos lobos, atraídos por el olor a carne de los muertos y a sangre de los vivos.

-Hay que poner guardia durante toda la noche incluso alrededor de nuestros muertos -ordena el emperador -.Ningún carroñero de estos bosques se alimentará de nuestros héroes.

-Así lo haremos -confirma el joven Adriano, sobrino segundo de Trajano y, según opinan algunos, su heredero potencial -.Pero, ¿qué será de los heridos? Es que son tantos que los médicos no alcanzan a atenderlos a todos...

-Entonces, vayamos a verlos nosotros mismos -responde el emperador -.Veamos en qué podemos ayudarles y aliviar sus sufrimientos.

Los legionarios han trasladado a sus compañeros heridos al centro del valle para ponerlos a salvo de los lobos y también han improvisado unos toldos para protegerlos de la lluvia. Cuando Trajano y sus oficiales pasan junto a los heridos, aquellos que están conscientes intentan incorporarse y saludar a su emperador mientras que otros no hacen más que gemir o delirar. Muchos tienen terribles cortes en sus brazos y piernas, producidos por los *falx*, aquellas terribles guadañas de los dacios, así como impactos de lanzas y flechas sármatas. Todos yacen sobre sus propias capas o simplemente en el suelo y muchos ni siquiera tienen vendajes sobre sus heridas.

-¿Qué es esto? -exclama Trajano, indignado -¿Por qué hasta ahora no han vendado a todos los heridos?

Uno de los *capsarius*, enfermeros llamados así por su *capsa*, una bolsa de cuero donde llevan medicamentos y todo lo necesario para primeros auxilios, balbucea con tono de disculpa que Critón, el médico jefe de la tropa, ha ordenado ahorrar tela y vendar únicamente a los heridos más graves.

-¡Maldición! ¿Dónde está Critón? -la voz de Trajano tiembla de ira.

El *capsarius* le señala uno de los cobertizos y el emperador irrumpe, furioso, en el pequeño recinto. Su primer impulso es saltarle al cuello de su médico jefe y lanzarle a la cara toda clase de maldiciones pero se detiene al instante.

Critón, un griego de cabello plateado y bolsas de cansancio bajo los ojos, está realizando uno de aquellos procedimientos arriesgados, llamados por los soldados "operaciones heroicas". El paciente, un joven que no aparenta haber cumplido ni veinte

años, tiene el rostro crispado de dolor y una tira de cuero metida en la boca; la muerte con desesperación y los tendones de su cuello parecen estar a punto de reventar.

En su costado derecho, bajo las costillas, se ve una herida sangrante; Critón la amplía cuidadosamente, avanzando hacia el ombligo. Los cirujanos del ejército romano poseen un instrumental formidable que consiste en escalpelos, fórceps, ganchos separadores, sondas y agujas así como una amplia gama de analgésicos tales como el jarabe de amapola o el extracto de flores de beleño y aplican el *acetum*, una mezcla de vino y vinagre, como desinfectante pero aun así los procedimientos son arriesgados y peligrosos, sobre todo, si se produce el daño en algún órgano interno.

Trajano se queda inmóvil, incapaz de regañar a Critón ni de salir fuera. Observa con los ojos bien abiertos el trabajo del médico como si el destino de toda la campaña dependiera de la vida de este joven, poco más que un muchacho, que sufre terriblemente y ni siquiera puede gritar con el trozo de cuero en la boca.

Además del emperador, otros tres hombres observan la operación. Un joven esclavo tracio, con el rostro mojado por la lluvia o tal vez por las lágrimas, arrodillado en la cabecera del herido, lo sostiene de los hombros y, cada vez que se le escapa un nuevo gemido, se inclina sobre él hasta que sus mejillas se tocan. En el otro extremo de la improvisada mesa de cirugía, un decurión veterano con un corte cubierto de sangre seca en la base del cuello, agarra al herido por los tobillos y, de vez en cuando, lanza maldiciones. A un lado, sentado sobre una *sella castrensis*, pequeña silla sin respaldo de uso común en los campamentos romanos, está el legado Tercio Juliano con la cabeza gacha, puños apretados y expresión tan ceñuda del rostro que el mismo emperador no se atreve a perturbar de una vez su silencio.

-¿Quién es este joven? -finalmente pregunta Trajano y, al ver amontonados en el suelo un yelmo con penacho de plumas blancas, una *lorica musculata* y una capa de oficial

manchada de sangre, añade más bien como una afirmación en vez de una pregunta: -.Un tribuno.

-Sí, César, es el tribuno Lucio Marcio Torcuato -el legado Tercio Juliano por fin rompe su mutismo -.Ha sido su primera batalla pero, de no ser por él, ni yo, ni el decurión Rutilio no estaríamos ahora con vida.

El decurión veterano asiente en silencio; saluda al emperador con una respetuosa inclinación de cabeza pero no dice nada.

-Salvar la vida de un compañero en tu primera batalla es una gran hazaña -dice Trajano -.Y aún más, salvarla a dos hombres, uno de los cuales es tu superior. El tribuno Torcuato es todo un héroe.

-Un héroe y un tonto de remate -la voz de Tercio Juliano se asemeja a un sollozo -.Los sármatas le clavaron una flecha en el costado y no se le ocurrió nada mejor que romper el asta y seguir luchando como si nada. ¡Sólo un loco se comporta así!

-No, legado, sólo un romano de verdad -objeta Trajano y se vuelve hacia el cirujano: -.Critón, tienes que salvarlo, cueste lo que cueste. ¡Yo lo necesito! ¡Roma lo necesita!

-El legado ya te contó, César, qué le había pasado al tribuno -el médico lanza un triste suspiro pero sus manos prosiguen seguras con su trabajo, seccionando capa por capa los músculos abdominales y cauterizando los vasos sanguíneos -.Al romperse, el asta le desgarró la herida y la punta se desprendió, adentrándose profundamente en el abdomen. Espero encontrarla pero no puedo asegurar nada a nadie, ni siquiera a ti, César.

El quirófano improvisado vuelve a sumirse en silencio, perturbado únicamente por los gemidos ahogados de Lucio. Critón, por fin, encuentra la flecha, libera su afilada punta

con ayuda de una sonda y la extrae con un movimiento rápido y preciso. El cuerpo de Lucio se estremece de dolor por lo que Tares y Rutilio a duras penas logran sostenerlo. La mano del herido se cuelga inerte de la mesa y tiembla convulsivamente. Movidó por la compasión, Trajano la estrecha con un apretón fuerte y consolador. ¡Ojalá pudiera estrecharle la mano a todos los demás heridos que tanto lo necesitan!

-Por puro milagro, la flecha no le hirió ningún órgano pero aun así su vida está pendiendo de un hilo -dice Critón mientras detiene la hemorragia, une los bordes del corte y comienza a suturar la herida con un hilo fabricado de la tripa de ternero -.Hice lo que pude, ahora tan solo podemos esperar que lo dañado empiece a sanar y pedirle ayuda a Esculapio...

-Y cuando termines, ¿no le vas a vendar la herida, al igual que a todos los demás? - pregunta Trajano con brusquedad.

-Es que... César... no tengo suficiente tela para vendarlos a todos. Por supuesto, le pondré un vendaje al tribuno y a otros heridos de los más graves...

-¡Por todos los dioses, esto no puede ser! -exclama Trajano -¡Todos ellos lucharon por Roma, derramaron su sangre por ella y no merecen morir!

-Lo sé, César, lo entiendo pero... -Critón termina de suturar la herida de Lucio, le derrama sobre la sutura un poco de *acetum* y examina el resultado final de su trabajo con atención exagerada, evitándole a mirar a los ojos del emperador.

-Ya entiendo, no tienes tela para las vendas. Pero está todo mi bagaje con mis togas imperiales, mis túnicas y mantos -con estas palabras Trajano se asoma hacia fuera donde sigue aguardando su comitiva, le dice algo rápido y vuelve al cobertizo: -.Ahora no tienes de qué preocuparte, Critón, ya te traerán aquí toda la tela que podrás necesitar.

-Pero, César... -la voz del médico tiembla, nerviosa -.Se cree que romper las togas imperiales atrae la mala suerte.

-Lo que realmente atrae la mala suerte es ver sufrir a nuestros héroes y no hacer nada para ayudarles. Y esto es para el tribuno Torcuato, "el portador del collar", pues hoy ha demostrado con creces que merece llevar este *cognomen* glorioso. Por favor, legado, entrégaselo en mi nombre -con estas palabras Trajano le deja a Tercio Juliano un hermoso torques, macizo collar de oro y sale del cobertizo.

VII

El triunfo

Las calles de Roma, más animadas y repletas de gente que nunca, resplandecen el día del gran triunfo del emperador Trajano. ¡Dacia, aquella tierra rebelde que le había causado a Roma tantos problemas, por fin está conquistada! El ejército de Trajano regresa victorioso y su larga marcha hacia la capital tiene un aire festivo y alegre.

Al vislumbrar a lo lejos los primeros acueductos que bajan desde lo alto de los montes Albanos hasta la llanura del Lacio, Lucio siente que se le nubla la vista y una lágrima indiscreta chorrea por su mejilla. Hace cinco años, ha salido de casa siendo un muchacho crédulo e inocente que no sabía casi nada de la vida más allá de las siete colinas de Roma; el hombre que regresa ahora es un sobreviviente de numerosas batallas, todo un héroe ante los ojos de sus compañeros, de su comandante Tercio Juliano y del mismo emperador y, sin embargo, no puede ocultar sus lágrimas.

En realidad, no es el único quien llora. El viejo decurión Rutilio también tiene los ojos sospechosamente húmedos y, sin lugar a dudas, son lágrimas de alegría. Se aproxima el final de su período de servicio, los veinticinco años entregados a Roma. Ahora sus

méritos, sus heridas y sus condecoraciones le permitirán disfrutar de una licencia honrosa, recibir una generosa pensión y un terreno, el sueño de todo legionario jubilado.

-¿Vendrás algún día a visitarme en mi granja, tribuno? -le pregunta a Lucio.

El joven asiente con una sonrisa. Después de su primera batalla de Tapae, aprendió a valorar a este veterano valiente y rudo.

En las puertas de la ciudad al emperador lo reciben con solemnidad los representantes del Senado. Lucio reconoce entre aquellos senadores a su cuñado Virtumnio pero las reglas no le permiten acercarse a su familiar ni hablarle hasta que la parte oficial de la celebración se termine. Acto seguido, los trompeteros de todas las legiones, comienzan a tocar sus *buccinas*, estrechos y largos tubos metálicos que se hacen sonar gracias a una boquilla en forma de copa, anunciando la entrada del ejército vencedor en la ciudad.

De pie sobre una cuadriga tirada por cuatro hermosos caballos blancos, Trajano avanza lentamente por las calles de Roma, vestido con la flamante toga *picta*, vestimenta recamada de oro que pueden usar únicamente los triunfadores, y con el rostro pintado de rojo. Un esclavo sostiene sobre la cabeza del emperador una corona de laurel y le susurra constantemente al oído: "Recuerda que eres mortal".

Por ambos lados del carro triunfal marchan los lictores, empleados públicos encargados de acompañar a los altos magistrados del Imperio, con sus *fascas*, manojos de varas de olmo atados por una cinta de cuero rojo que sostiene un hacha y simboliza la fuerza y la unión. Detrás vienen grandes carruajes cargados a rebozar de oro y plata, el fabuloso tesoro de los reyes dacios; armas enemigas arrebatadas en las batallas que nunca más volverán a hacerle daño a ningún romano; los estandartes sármatas en forma de dragones que aún hace poco se alzaban, desafiantes y orgullosos, ante las legiones de Trajano. Aquella demostración de trofeos la sigue un rebaño de bueyes blancos destinados al sacrificio para Júpiter y, finalmente, una multitud de prisioneros dacios y sármatas.

Todos aquellos hombres, mujeres y niños caminan cabizbajos, arrastrando sus cadenas, indefensos ante los escupitajos, insultos y maldiciones de la multitud excitada. Para la decepción de la plebe, Decéballo, el rey de los dacios, se salvó de aquella humillación, suicidándose en las montañas cuando una patrulla de caballería romana estaba a punto de capturarlo.

Lucio desfila junto con los demás tribunos y legados que las siete legiones, en medio de los pétalos de rosa que flotan en el aire, arrojados desde los techos y los balcones de todas las casas cercanas. Detrás los oficiales marchan los legionarios, cada cohorte precedida por su propio estandarte, vociferando sus cánticos burdos y soeces. Algunos alaban las virtudes del emperador mientras los otros se burlan de sus defectos. Es una tradición antigua pues aún en la época del gran Julio César, cuando en el triunfo tras la conquista de las Galias, los legionarios desfilaron por las calles burlándose en voz alta de la calvicie de su líder. Aunque Trajano no es calvo, los soldados siempre encuentran motivos para sus bromas y nadie puede prohibirlas en un día tan especial.

La procesión se detiene ante el templo de Júpiter Capitolino. El emperador baja de la cuadriga y se dirige al interior del santuario para ofrecerle al dios supremo de Roma su corona de triunfador mientras los sacerdotes sacrifican, en un mar de sangre, a todos los bueyes. Mientras dura la ceremonia, los soldados y oficiales permanecen junto a las puertas del santuario.

Finalizadas las últimas plegarias, la parte oficial se termina. Ahora todos pueden descansar, ponerse las ropas civiles y celebrar el triunfo con sus amigos o familia. Lucio de una vez se reúne con su cuñado Virtumnio quien de una vez lo estrecha en un fuerte abrazo y lo arrastra hasta un pórtico lateral donde lo aguarda toda la familia de los Marcio Torcuato.

El padre de Lucio apenas ha cambiado en estos años; conserva el mismo porte sereno y firme pero las canas salpican profusamente su cabellera y su voz tiembla un poco

cuando saluda a su hijo. Emilia no puede detener sus lágrimas así como Marcia la Mayor, acompañada por sus hijas, las dos Virtumnias. Algunos esclavos de la familia también están aquí y Nuba, haciendo caso omiso a la presencia de los señores, casi se cae a los brazos de Tares quien acaba de regresar junto con su joven amo.

-¿Y dónde está mi otra hermana? -pregunta Lucio.

-¿Aún no lo sabes? -exclama Marcia la Mayor -.Hace poco ha sido nombrada la Vestal Máxima y ahora, con este triunfo, debe estar ocupada más que nunca. Sin duda, el emperador la nombró para complacer a nuestra familia por tus hazañas en Dacia. Por todos los dioses, ¿cómo viviré ahora yo, una simple mortal, al lado de mis hermanos tan importantes?

Todos se ríen. Las dos sobrinas de Lucio, una de los cuales apenas lo recuerda y la otra ni siquiera lo conoce, contemplan con curiosidad a su heroico tío, fascinadas por el brillo de su armadura y del macizo collar de oro que adorna su cuello. Lucio acaricia las suaves mejillas de ambas niñas y de pronto se estremece, fustigado por un recuerdo siniestro.

...Eran dos niñas dacias, aproximadamente de la misma edad de las sobrinas de Lucio, que yacían en la puerta de su casa incendiada por los soldados romanos, en medio de un gran charco de sangre, y la de más edad abrazaba a su hermana pequeña como si intentara protegerla incluso después de la muerte. La aldea entera ardía y los legionarios merodeaban entre las llamas como siniestros e implacables dioses infernales, sembrando muerte a diestra y siniestra. Lucio no tomaba parte en aquella masacre pero no podía hacer nada para detenerla pues la orden de sus superiores prescribía destruir todas las aldeas alrededor de Sarmizegetusa, la asediada capital de los dacios. Una cosa era enfrentarse a los feroces guerreros bárbaros pero otra diferente era el exterminio de aquellos campesinos indefensos junto con sus familias.

-¿Pasa algo, hijo? -pregunta Emilia, alarmada por la expresión extraña que ensombrece el rostro de Lucio.

-No es nada, madre, simplemente estoy un poco cansado después del triunfo - responde el joven con una sonrisa un tanto forzada -.Mejor vayámonos a casa.

En las gradas del anfiteatro

Un uro, el gigantesco toro salvaje traído de los bosques al norte del Danubio, muge furioso y golpea el suelo con sus pezuñas. Luego, tratando de encontrar la salida, se pone a correr a lo largo de todo el perímetro de la arena del anfiteatro Flavio, la grandiosa creación de los emperadores de la dinastía anterior que nosotros conocemos como el Coliseo.

De pronto, la reja que cierra la entrada a los sótanos del anfiteatro se eleva con un siniestro chirrido y dos grandes felinos, un tigre indio y un león de los montes de Atlas, salen corriendo a la arena. Por unos instantes, los tres animales que jamás habrían podido encontrarse en su entorno natural, se observan con cautela.

Los bestiarios, servidores encargados de instigar a las bestias para el combate, protegidos por curiosos trajes acolchados de cuero grueso, comienzan a enardecer la furia animal, pinchándolos con las puntas de sus largos azotes. Finalmente, el uro y ambos felinos se enzarzan en una pelea a muerte, satisfaciendo la ansia de sangre del pueblo de Roma y provocando un estallido de gritos y aplausos.

-Ya verás, el uro va a acabar con este par de gatos en un abrir y cerrar de ojos - con estas palabras Tito, visiblemente emocionado, golpetea el piso con las suelas de sus elegantes sandalias.

Es igual de pelirrojo, rápido, ruidoso y hablador que antes. Lucio se alegró de sobremanera cuando su viejo amigo de la infancia vino a verlo y de una vez lo invitó a ver los grandiosos juegos, organizados por el emperador para conmemorar su reciente triunfo. No obstante, mientras observa la encarnizada lucha de los animales desde las gradas del anfiteatro, descubre que ya no le fascina como antes. En todos estos años, ha visto demasiada sangre en los campos de batalla y no le apetece en absoluto volver a verla en la arena. No comparte el entusiasmo de Tito y éste no tarda en descubrirlo.

-¿No te gusta la lucha de animales? -pregunta un tanto desconcertado -.Espera, más tarde vendrán los gladiadores y esto sí es algo...

-¿Algo como una batalla de verdad? -replica Lucio -.Ya he estado en muchas y no como espectador.

-Bueno, no todos hemos tenido la posibilidad de luchar en el Danubio. Por mucho que quiera, no puedo dejar Roma pues mi padre está muy enfermo y alguien debe ocuparse de sus *insulae* y sus inquilinos.

-No te lo estoy reprobando -dice Lucio, al percibir en la voz de Tito cierta irritación -.Sólo quiero decir que después de estar en una batalla de verdad ya no me atraen demasiado todas estas luchas del circo.

-Veo que te has vuelto igual de aburrido que Myrtilo...

-¿Qué hay de Myrtilo? -se anima Lucio.

-Nada en especial, se ha vuelto un típico hombre de negocios y padre de familia. Se ha ganado una pequeña fortuna suministrando las legiones del Danubio con frutos secos y otros alimentos imperecederos pero como su esposa le da un hijo cada año, tiene que trabajar de sol a sol para alimentar tantas bocas. No sale, no se divierte así que nos vemos

tan sólo cuando paso por el Trastévere a cobrarle el arriendo. Precisamente por eso, prefiero quedarme soltero y divertirme con las chicas de la vieja Salonina -concluye Tito y de pronto salta de su asiento, gritando de emoción.

El uro acaba de atravesar al tigre con sus afilados cuernos, lo sacude con fuerza y lo estrella contra la barrera protectora que rodea la arena. El león, asustado, se estrecha contra el muro como si quisiera esconderse. El público lo abuchea y los bestiarios lo azotan sin piedad.

Nuestros amigos ven el espectáculo desde el primer nivel del anfiteatro, privilegio que tiene Lucio en su calidad de miembro de una familia importante y de alto oficial del ejército y Tito en la de su amigo e invitado. Los ciudadanos comunes se sientan en el segundo nivel y los más pobres y los esclavos, en el tercero. En lo más alto, en el último piso más alejado de la arena, todas las mujeres, salvo las vírgenes vestales y las familiares del emperador y de otros hombres importantes.

-Por primera vez tengo suerte estar aquí, en el nivel de los privilegiados -dice Tito - .Si yo fuera tú, mi querido Lucio, vendría aquí todos los días pues de aquí se ve perfectamente no solo la arena sino también el palco del emperador. ¡Lo veo, lo veo!

Realmente, Trajano está aquí, sentado al lado de su esposa Plotina y rodeado de los demás miembros de su familia entre los cuales Lucio reconoce a Adriano pues lo ha visto de cerca en más de una ocasión durante las campañas dacias.

-¿Es verdad que a tu hermana la nombraron la Vestal Máxima porque el César la valora tanto? -pregunta Tito.

Lucio se encoge de hombros y se lleva las manos al cuello, rozando el *torques* de oro con una punta de flecha colgada en el centro. Aunque ahora tiene otras decoraciones, incluida una *corona muralis* ganada en el asedio de Sarmizegetusa por ser uno de los

primeros en trepar las murallas de la capital enemiga, valora por encima de todo aquel collar.

-Hermosa joya pero este colgante se ve aquí un poco fuera de lugar -observa Tito, rozando cuidadosamente los afilados bordes y la doble lengüeta de la punta.

-De todos modos, prefiero tenerlo aquí que dentro de mí -responde Lucio.

-¿Quieres decir que te lo sacaron? -Tito mira a su amigo con un temor no oculto y no vuelve a preguntarle nada.

Los problemas de Silana

La lucha entre los animales llega a su fin. El uro, aunque tambaleante y cubierto de heridas, rompe el cráneo del león con una patada demoledora y el público saluda al ganador con gritos ensordecedores. Los esclavos comienzan a limpiar la arena, preparándola para un nuevo espectáculo mientras los sirvientes reparten entre el público bandejas con vino y bocadillos.

-Esto sí es vida -comienza Tito mientras selecciona los mejores manjares y se sirve el vino -.Circo, vino, termas y mujeres... Por ejemplo, alguna como esta belleza. ¿La ves?

Lucio mira en dirección señalada por su amigo y ve a una joven dama sentada un par de gradas más arriba. Su túnica de fino algodón indio color lavanda no oculta sino más bien desvela entre sus pliegues las líneas de su cuerpo y un ancho cinturón adornado de minúsculos discos dorados se ciñe a su fina cintura, realizando la suave redondez de pechos y caderas. Lleva su cabello, tan negro que parece desprender destellos azulados, recogido en un complicado peinado alto y puntiagudo como una tiara, según la nueva moda introducida por la emperatriz Plotina. Sus joyas son sencillas pero de gran valor: unos

pendientes de amatistas indias en las orejas y una fina cadena de oro también con una gran amatista en el escote.

Tanto su aspecto como el hecho de que tiene derecho a sentarse en el sector privilegiado del anfiteatro ponen en evidencia que pertenece a la clase alta de la sociedad romana pero ¿por qué está sola? Las mujeres visitan los circos, los teatros y otros sitios públicos acompañadas por un familiar masculino pero no se ve ningún hombre al lado de ella. Además, se ve tan ensimismada, tan sumergida en sus propios pensamientos que no presta atención ni a la arena, ni a los esclavos con bandejas que se ajetrean entre el público.

-Mira, ella no pidió nada -susurra Tito al oído de Lucio -.Con estos espectáculos tan largos, uno siempre termina con hambre y sed. ¿Por qué no le ofrecemos algo de nuestra bandeja?

Lucio cabecea, a duras penas conteniendo la risa. Las intenciones de Tito son más que evidentes.

La joven acepta tomar un dátíl acaramelado de la bandeja que le ofrecen nuestros amigos, los agradece con aire un tanto distraído y tan sólo después levanta la mirada. El aspecto de aquellos dos hombres jóvenes y apuestos, uno con su elegante toga y otro con su uniforme de gala, no le desagrada pues sus labios, apenas retocados con carmín, se entreabren en una sonrisa que revela la reluciente blancura de sus dientes y sus ojos, casi del mismo color que las amatistas de sus pendientes, se abren de par en par.

Lucio reconoce en seguida aquellos ojos únicos que ahora, delineados con las sombras oscuras a base de antimonio, se ven aún más profundos y misteriosos que antes.

-Silana, ¿eres tú? -exclama, profundamente conmovido.

-¡Lucio! ¡Por todos los dioses, no puedo creerlo!

Silana ya no se parece en nada ni a la chiquilla que contemplaba desde el balcón con envidia los juegos de otros niños, ni a la niña tímida y recatada en su primera cena de adultos, ni a la adolescente rebelde que escapaba de casa para cabalgar bajo la luz de la luna. Ahora es toda una mujer en plena flor de su belleza y juventud y Lucio no sabe cómo comportarse con ella, mucho menos, en presencia de su amigo.

Por suerte, Tito no tarda en valorar la situación y fija su mirada en la arena donde ahora combaten entre sí varias parejas de gladiadores. Uno de ellos, un *retiarius* esbelto y ágil, protegido únicamente con un ancho cinturón, un brazalete y una hombrera, maneja sus armas, la red y el tridente, con tanta habilidad que provoca los constantes gritos del público:

-¡Nonio, dale!

-¡Nonio, eres el mejor!

-¡Nonio, no me falles, aposté por ti todo mi dinero!

Tito también grita, alentando al joven luchador, y cuando éste logra ensartar con su tridente a su rival, un *secutor* de armadura pesada, y lo envuelve de pies a cabeza en su red, es el primero en aplaudirle.

-Se nota que el tu gladiador predilecto - observa Silana.

-¿Y cómo no va a serlo si lo conozco desde que éramos niños? -responde Tito -
.Lucio, ¿no te acuerdas de Nonio, el chiquillo que robaba dátiles y nueces en la tienda de Myrtilo?

Lucio evoca en la memoria aquel día tan lejano en la Suburra pero, por mucho que se esfuerza, no puede encontrar ningún parecido entre el andrajoso chiquillo y el gladiador victorioso que se dirige, orgullosamente erguido y aplaudido por todo el mundo, a la Puerta

de la Vida, salida destinada a los vencedores. Además, no puede pensar en nada diferente a Silana.

-Si supiera que estabas en Roma, de una vez iría a verte en la casa de tu padre -le dice de una vez cuando Tito vuelve a enfrascarse en un nuevo combate, esta vez, entre los *adabatae*, o "gladiadores ciegos" que son, en realidad, unos condenados a muerte que luchan a ciegas, con unos cascos sin agujeros en la visera.

-Mi padre no podía perder unos juegos tan importantes y, por supuesto, quiso inspeccionarlo todo personalmente -contesta Silana.

-¿Y dónde está ahora? -pregunta Lucio.

-En el palco del emperador, con los otros organizadores de estos juegos, recibiendo las felicitaciones del César -Silana lanza una raída mirada sobre el palco imperial.

-¿Y tú por qué no fuiste con él?

-Porque no quise -la joven frunce el ceño y tuerce los labios. La Silana de antes, aquella amazona salvaje e indomable, trasluce de nuevo bajo la apariencia de la elegante dama romana.

-Cada vez que nos volvemos a encontrar, estás disgustada con tu padre. ¿Qué pasó esta vez?

Silana lanza un profundo suspiro.

-¿Crees que esta vez venimos a Roma sólo para ver los juegos? -la voz de la joven tiembla de indignación -.En realidad, me trajo aquí para buscarme un marido, ¿te imaginas? ¡Piensa venderme al igual que a sus fieras!

Lucio se acuerda de Cetronio Silano, aquel hombre amable y respetuoso, y le parece increíble que sea capaz a su única hija con semejante crueldad.

-Creo que exageras un poco -objeta Lucio -.Tu padre te ama, te cuida mucho y...

-A los animales también los cuida mucho pero, una vez vendidos, ya no le importa si terminan muertos en el circo o encerrados de por vida en una jaula. Me siento como todos estos animales pues pronto también terminaré en una jaula, al igual que ellos.

Lucio no sabe cómo reaccionar ante aquel torrente de palabras. Por un lado, sabe muy bien que el matrimonio en Roma es, ante todo, un acuerdo entre familias, una institución legal, una alianza política o económica que tiene como principal objetivo traer al mundo nuevos ciudadanos legítimos para que hereden los bienes y la posición social de sus padres; por lo tanto, ningún hijo o hija puede rebelarse contra la voluntad paterna sin riesgo de ser sometido a los peores castigos. Por el otro, tiene un fuerte deseo de consolar a Silana, de estrecharla entre sus brazos, de besarla, de decirle que no ha dejado de pensar en ella en todos estos años. Siente que las rígidas reglas y tradiciones seculares lo aplastan como una losa sepulcral y no existe forma de quitársela encima. En este momento, le envidia por las buenas a Tares y Nuba que, a pesar de ser esclavos, son mucho más libres en sus sentimientos que cualquier romano de buena familia.

-Mi abuelo era un noble de Numidia que entró a servir en la caballería auxiliar y luchó como héroe bajo los muros de Jerusalén por lo que el emperador Vespasiano le concedió la ciudadanía romana -prosigue Silana -.Mi padre ya nació ciudadano romano por lo que pudo casarse con la hija de unos colonos romanos en África y ahora quiere que yo ascienda aún más alto, casándome con alguien de la capital. Todas las noches me obliga a asistir con él a unas cenas espantosas con mis pretendientes potenciales y todos me parecen horribles... ¡Ojalá tuviera aquí a Cástor y Pólux para lanzárselos encima!

Los ojos de Silana resplandecen con un brillo salvaje que tanto le atrae a Lucio.

-¿Cómo están Cástor y Pólux? -pregunta inesperadamente.

-Maravillosos -el rostro de Silana pierde su expresión amarga y resplandece con una deslumbrante sonrisa -¡Si tan solo pudieras verlos ahora! Se convirtieron en unos leones enormes pero tan mansos que nunca atacan a las personas ni al ganado. Viven libres pero nunca se alejan demasiado de la villa y todos los días vienen a saludarme a mí y a Jarbas. Y los aldeanos los adoran porque con su sola presencia aleja de sus rebaños a las hienas y a los otros leones...

Lucio también sonríe tratando de imaginar a Silana corriendo entre las yerbas en compañía de las formidables fieras y se siente capaz de entregar todas sus condecoraciones, incluso el torques de oro, por prolongar aquel momento. Siguen hablando animadamente, recordando el pasado y, cuando Cetronio Silano el padre regresa con su hija, la ve contenta y risueña por primera vez en mucho tiempo.

Cómo buscar a una esposa

En la mañana siguiente Lucio aguarda con paciencia que su padre despida al último de sus clientes y, tras un breve titubeo, toca la puerta del tablinium. Sentado, como de costumbre, tras su imponente escritorio de cedro, Torcuato el padre se ve un tanto sorprendido por aquella visita y, cuando su hijo se sienta frente a él, lo mira expectante.

-¿Puedo hablar? -pregunta Lucio, esforzándose por ocultar su nerviosismo.

Su padre asiente con una sonrisa alentadora.

-He decidido liberar a Tares -dice el joven -.Me acompañó a la guerra, me cuidó cuando estaba herido, siempre me ha sido fiel así que decidí recompensarlo por todo esto...

-¿Y esto es todo lo que querías decirme? -su padre lo interrumpe, sorprendido aún más que antes -.Tares te pertenece a ti legalmente desde que eres mayor de edad así que no debes por qué pedirme permiso. Sólo debes presentarte con él ante un magistrado y declarar tu deseo de dejarlo en libertad.

-No es todo, padre. Quisiera pedirte que también liberes a Nuba para que ella y Tares puedan casarse. Sé que Nuba es la ornatix predilecta de mamá pero te aseguro que ella no se irá de casa, seguirá sirviendo como antes pero ya como una persona libre. Ya hablé con Tares y él no tiene nada en contra...

-Bueno, hijo, cálmate. Por supuesto, liberaré a Nuba si esto te hace feliz pero hay otra cosa que me gustaría saber -con estas palabras Torcuato el padre pone su mano sobre la de su hijo y la estrecha con un gesto de confianza -.No hemos hablado mucho desde tu regreso del Danubio pues necesitabas descansar y reponer tus fuerzas. Yo también he estado en la guerra en mis años jóvenes y sé lo que siente uno después de haber pasado por todas aquellas atrocidades. Pero ahora, ya que me has hablado del matrimonio entre nuestros esclavos, ¿por qué no hablamos también del tuyo? ¿Qué planes tienes para el futuro, hijo?

La mano de Lucio tiembla y su padre se lo estrecha una y otra vez.

-Sabes que debo seguir con mi Cursus Honorum y espero que me salga una plaza de cuestor en Dacia, Panonia o en cualquier otra provincia cercana al Danubio. Quisiera volver allá porque es una tierra salvaje pero también maravillosa donde hay mucho por hacer y el César prefiere completar la planta de magistrados para aquellas provincias de las que hemos estado allí en las últimas campañas del Danubio, él mismo lo dijo en uno de sus discursos. Y luego... -Lucio entrecierra los ojos como si intentase ver algo muy lejano -.A lo mejor, podría convertirme en el comandante de una de las legiones para poder seguirle al emperador en sus nuevas conquistas.

-Me alegra que estés pensando como todo un romano -sonríe Torcuato el padre -
.Pero una honrosa carrera política y militar no es lo único que hace feliz a un verdadero hijo de Roma. Tu otro deber de ciudadano igual de importante es casarte, formar una familia y tener hijos legítimos. Pronto cumplirás veinticinco años así que ya es hora de buscarte una esposa conveniente.

-¿Y ya me la elegiste? -pregunta Lucio con un hilillo de voz.

El poder del *paterfamilias* le concede el derecho de elegir cónyuge para su hijo o hija y, una vez tomada la decisión, no podrá ser discutida. Lucio siente que todo en su interior se tensiona como en vísperas de una batalla.

-He seleccionado algunas que me parecen convenientes pero te concedo el derecho a hacer la elección definitiva -responde el padre y, acto seguido, comienza a nombrar a las posibles candidatas: -.Cornelia Sabina proviene de una familia muy antigua pero un tanto empobrecida así que no aportará ninguna dote; Julia Máxima es noble y también rica pero de aspecto frágil y enfermizo así que no podrá traer al mundo hijos sanos; Licinia Metela se ve fuerte y saludable pero su madre y otras mujeres de su linaje no tienen buena reputación debido a sus frecuentes citas con los gladiadores y aurigas del Circo Máximo; Cetronia Silana es, sin lugar a dudas, la joven más bella de Roma y, además, la única heredera de una considerable fortuna pero su origen es demasiado humilde...

-Elijo a Silana -dice Lucio con el tono que no admite objeciones.

Por unos instantes, su padre lo mira un tanto aturdido.

-Bueno, ahora que Roma tiene un emperador nacido en Hispania, el origen ya no importa tanto como antes -contesta finalmente -.Cetronio Silano es un hombre agradable y, a diferencia de tantos otros nuevos ricos, tiene mucho tacto y comprensión. Ahora desea casar a su hija con alguien de la capital pero conoce sus limitaciones y no apunta más allá

de una alianza con algún plebeyo rico o, en mejor de los casos, con alguien de la clase ecuestre. Buscar parentesco con una familia como la nuestra le parece un salto demasiado alto.

-Padre, pero tú sí puedes... -la voz de Lucio se corta pero su progenitor lo tranquiliza con una palmada en el hombro:

-Tranquilo, hijo, esta noche estoy invitado a cenar en casa de Cetronio así que le hablaré del asunto, te lo prometo.

Aquella misma noche, Lucio no puede pegar el ojo y merodea por el peristilo de la casa, pasando de un lado a otro como un *lemur*, el espíritu extraviado del más allá. Sabe muy bien que las cenas en las casas de los ricos duran hasta bien entrada la noche, está dispuesto a esperar todo el tiempo necesario.

Cuando, por fin, el chirrido de los barrotes de las puertas anuncian el regreso de su padre, corre a su encuentro y no puede creer en lo que ven sus ojos. Torcuato el padre, siempre tan correcto y cuidadoso con el vino, se baja de su litera tambaleando y apoyándose en dos esclavos. Su toga manchada apesta a vino y su aliento también.

-Sí, hoy he pasado de copas al igual que Cetronio -dice al percibir la mirada aturdida de su hijo -.Al fin y al cabo, tuvimos que celebrar el compromiso entre nuestras familias con un buen vino de Falerno sin diluirlo con agua.

Casarse en roma

La boda se celebra en la segunda mitad del junio, el mes consagrado a la diosa Juno, la defensora del matrimonio, cuando la naturaleza alcanza su mayor plenitud con la llegada del solsticio de verano. Todo romano sabe que es la mejor época para casarse; a nadie se le

ocurre hacerlo en el mes de mayo, cuando se celebra la Lemuria, la fiesta de los muertos, ni en las fechas cuando se abren las puertas entre el mundo de los vivos y el de los muertos pues se considera un mal augurio.

El día anterior a la boda, Silana dedica a los lares de su familia todos los juguetes de su infancia. Cuando deposita sobre el altar a su muñeca favorita, las lágrimas brillan en sus ojos al igual que en aquel día inolvidable en el Suburra. Por la mañana, tras haber tomado un baño ritual, sus esclavas le ayudan a ponerse una túnica blanca que le cae en suaves pliegues hasta los pies, ceñida por un cordón atado con complicados "nudos de Hércules" que podrán ser desatados únicamente por el joven esposo en su primera noche juntos. El negro cabello de la joven, brillante, espeso y largo, es dividido en seis trenzas rematadas con unas simbólicas puntas de lanza en honor a Belona, la diosa de la guerra y fiel compañera de Marte y cubierto por el velo nupcial de color azafrán con una corona de verdes hojas de mejorana trenzadas con flores blancas de verbena encima que, según se cree, protege contra todos los males.

Al ver a su hija con este atuendo ceremonial, Cetronio Silano se queda pasmado; sus ojos se vuelven sospechosamente húmedos y brillantes. La alianza con una familia tan noble e importante como los Marcio Torcuato no sólo eleva el estatus de Cetronio Silano sino de todo su linaje y de la nobleza nómada en general por lo que no escatima los gastos.

Cuando llega Lucio vestido con la flamante toga ceremonial, acompañado por sus padres, sus familiares y sus mejores amigos, la casa entera resplandece, adornada con guirnaldas de flores y con grandes candelabros de bronce. La novia hace su aparición de la mano de la *pronuba*, la dama de honor; debe ser una mujer de reputación intachable que no ha tenido más que un único esposo en toda su vida y aún sigue viviendo con él. Cetronio Silano ha concedido aquel privilegio a su hermana mayor, recién llegada de Cartago especialmente para la ocasión. Ahora esta mujer rolliza y morena guía a su joven sobrina hacia su futuro esposo, dejando a su paso una estela de costosos perfumes a base de nardo y mirra.

Cuando las dos se acercan, Lucio siente que la cabeza se le mareta un poco a causa de aquel intenso aroma; la pesada toga ceremonial, tiesa como pergamino, lo entorpece un poco. Sin embargo, inesperadamente para sí mismo, descubre que no está tan nervioso como suelen estar los novios en vísperas de la boda, a lo mejor, porque a diferencia de tantos otros jóvenes de su clase, conoce a su prometida desde hace años. Además, todos los augurios en cuanto a la boda parecen favorables y la presencia de Marcia la Menor que, en su calidad de la Vestal Máxima, llega a la ceremonia acompañada por otras cinco vestales, le garantiza a los recién casados la bendición de la misma Vesta, la diosa guardiana del hogar.

La ceremonia nupcial de por sí es más bien sencilla. La *pronuba* une las manos de los futuros esposos, invocando a Himeneo, el dios protector de las bodas y de los recién casados, mientras los testigos, diez personas por parte del novio y otras diez por parte de la novia, dejan sus sellos en el contrato nupcial que establece el valor de la dote y las condiciones de su devolución en caso de un posible divorcio. Una vez legalizado aquel documento, a Lucio le ofrecen una pequeña bandeja con dos anillos de oro adornados con el relieve grabado de la diosa Fortuna parada sobre su famosa rueda cuyas vueltas presiden todo lo que pasa en el mundo.

Lucio toma el anillo más pequeño y se lo pone a Silana en el dedo corazón de la mano izquierda por el cual, según se cree, pasa el nervio que lo conecta directamente con el corazón. Cuando Silana se le pone a Lucio el otro anillo, se convierten en marido y mujer ante los ojos de todo el mundo. No se besan ni se abrazan pues las reglas de decoro no permiten que los esposos demuestren su afecto fuera de su alcoba conyugal.

Acto seguido, vienen las felicitaciones. El padre de Lucio, su cuñado Virtumnio y todos sus amigos saludan al recién desposado con palmadas en los hombros y la espalda mientras Emilia y Marcia la Mayor abrazan a Silana dándole la bienvenida a su nueva familia. Marcia la Menor y las otras vestales bendicen a los nuevos esposos con un gesto de la mano en nombre de Vesta.

-Y ahora, comamos y bebamos para que la dicha de esta pareja se convierta también en la de todos -con estas palabras Cetronio Silano invita a los invitados a pasar al *triclinium* principal de la casa, iluminado por numerosas velas e impregnado de los aromas de los vinos más caros, especias exóticas del Oriente y de toda clase de salsas y manjares.

El banquete nupcial dura hasta la medianoche. Cuando llega la hora, Lucio se levanta y, seguido por sus dos amigos más cercanos, Tito y Tares, cuya nueva condición de ciudadano libre le permite tomar parte en la ceremonia, se acerca a Silana y a la *pronuba* quien de una vez se aferra a la joven, abrazándola con fuerza. Reviviendo la antigua leyenda sobre el rapto de las sabinas, Lucio debe arrebatarse a su joven esposa de los brazos de la mujer mayor pero no procede con demasiada decisión por lo que Tito y Tares acuden en su ayuda. Finalmente, tras una lucha breve pero encarnizada, Lucio alza a Silana entre sus brazos mientras los invitados gritan con entusiasmo. La joven lo abraza del cuello y, a hurtadillas de todo el mundo, le da un cariñoso beso en la mejilla.

Aquella repentina caricia le infunde a Lucio más seguridad. Con Silana entre los brazos, sal al patio donde los aguardan cinco esclavos con antorchas de espino blanco, considerados símbolos de longevidad, dispuestos acompañar a la joven esposa a su nuevo hogar. Seguidos por aquella escolta, a la cual se suman también los mejores amigos de la pareja y varios músicos con flautas y panderetas, Lucio y Silana recorren las silenciosas calles nocturnas hasta la casa de los Marcio Torcuato.

Nuba, con una resplandeciente sonrisa en su rostro de ébano, aguarda a los recién casados en la puerta principal con un cuenco de aceite de oliva. Silana hunde en él sus dedos y, tal como prescribe la tradición, unge el portal de su nueva casa.

-Dime tu nombre, mujer desconocida -dice Lucio en voz alta para que todos los presentes, incluso los que están en la calle, puedan oír aquella antigua fórmula nupcial.

-Donde tú seas llamado Cayo, yo seré llamada Caya -contesta Silana con voz igual de solemne y clara.

Lucio vuelve a alzarla entre sus brazos, para que los pies de la joven esposa no toquen el umbral, y entran juntos en una nueva vida.

Una vez dentro, en la penumbra de la alcoba, descubren que los esclavos han llenado el pequeño recinto de flores frescas, cubierto la cama con pétalos de rosa y dejado en la mesa una jarra de vino, dos copas del preciado cristal alejandrino y una bandeja con fruta y pasteles de miel. Ahora los nuevos esposos pueden estar tranquilos, decirse todas las palabras de amor que llevan dentro desde tantos años, entregarse a los placeres de Venus y hacer realidad todos sus sueños.

Al día siguiente, los recién casados partirán a una villa en los montes Albanos para pasar allí la temporada más calurosa del año y las esclavas que vendrán a limpiar la alcoba, al ver una mancha de sangre sobre la sábana nupcial, se sonreirán con aire de satisfacción.

VIII

Morir en Roma

En plena noche estival, cuando el mundo entero parece estar sumergido en un sueño tranquilo y placentero, alguien golpea con fuerza las puertas de una pequeña villa situada en pleno corazón de los montes Albanos, a orillas de un lago cuyas aguas reflejan a esta hora el brillo plateado de las estrellas y las negras siluetas de los cipreses. Arrancado por aquel ruido de los brazos de Morfeo, Lucio se levanta de la cama y, tratando de no despertar a Silana que, cansada tras las apasionadas caricias conyugales, duerme acurrucada a su lado, manda al portero a averiguar la causa de aquel alboroto.

El esclavo vuelve visiblemente preocupado:

-Señor, es un mensajero que viene de Roma. Dice que tu padre está muy enfermo.

Lucio sale corriendo al patio. Lo primero que ve es un caballo cubierto de espuma y tambaleante de cansancio y sólo después, a un hombre igual de exhausto en el cual reconoce a uno de los sirvientes personales de su padre.

-Desde hace varios días tu padre, joven amo, ha tenido unas fiebres muy altas y fuertes dolores de cabeza -dice el hombre, jadeando -.No quería interrumpir tu descanso pero desde ayer se siente tan mal que ha decidido enviarme a mí a decírtelo.

Varios esclavos, también despertados por el ruido, salen al patio. Por orden de Lucio, uno de ellos le sirve al mensajero una copa de vino mezclado con agua fresca y los otros dos se ocupan de su caballo, cubriéndolo con una gualdrapa y conduciéndolo al establo. Mientras tanto, Lucio vuelve a su alcoba y comienza a vestirse apresuradamente.

-¿Pasa algo, cariño? -pregunta Silana.

Incorporada en el lecho, con su piel dorada en la penumbra y con su negro cabello cayéndole en cascada sobre los hombros desnudos, se ve irresistiblemente seductora pero Lucio ni siquiera la mira.

-Debo partir a Roma ahora mismo -dice mientras ajusta el cinturón de su túnica -. Mi padre está muy mal. Pero tú duermes, debes estar cansada.

-No, voy contigo -Silana se levanta de un salto y levanta la tapa del arcón con su ropa -. Sabes que cabalga mejor que un hombre así que no te retrasaré.

Lucio la mira con gratitud. Por más que conozca a su joven esposa, más la admira.

Llegan a Roma con los primeros rayos del sol y encuentran a toda la familia reunida alrededor del lecho del enfermo. El médico de la familia, un griego canoso y barbiblanco, le pone paños húmedos en la frente pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no logra controlar la fiebre. La medicina no es una ciencia milagrosa así que esta vez no ayudan ni las compresas, ni las tizanas medicinales ni las generosas libaciones al poderoso Esculapio y a Febris, la diosa que encarna la fiebre y al mismo tiempo protege de aquel mal.

Tendido de espaldas, con el rostro pálido y anguloso y los ojos cerrados, Torcuato el padre parece dormido pero, al sentir la presencia de su único hijo varón, abre los ojos y susurra:

-Lucio, mi niño, por fin te veo...

-Estoy aquí, padre, y no me moveré de tu lado hasta que te mejores.

El joven abraza a su padre, pega los labios a su frente perlada de sudor y, sin poder dominarse, se le escapa un sollozo.

-No llores, hijo. Todo... estará... bien... -la voz del enfermo se corta y sus ojos abiertos ya no miran a Lucio sino a un vacío inabarcable.

Emilia, quien ha pasado todos estos días junto a la cabecera de su esposo, palidece terriblemente y por poco se cae al suelo, de no ser por Silana y Marcia la Mayor que se apresuran a sostenerla. En un día como éste, todas las prohibiciones se olvidan así que Marcia la Menor, dejando caer al suelo su velo de vestal, también abraza a su madre. Las cuatro mujeres de la familia lloran unidas en un estrecho abrazo, dejando salida a su dolor que, una vez compartido, parece menos atroz.

Sentado al borde de la cama, Lucio contempla a su padre muerto, sin poder creer en lo ocurrido. ¿Cómo es posible que este hombre tan fuerte, tan íntegro, tan seguro de sí

mismo ya no esté en este mundo? Siente en su interior el peso abrumador de la pérdida, del dolor, de la aflicción; le parece que una parte de él mismo se ha ido por siempre junto con su padre.

Consciente del estado de su joven cuñado, Virtumnio se encarga de cumplir los ritos indispensables. Pronuncia tres veces seguidas el nombre del difunto, le cierra los ojos, le pone dos monedas sobre los párpados y una tercera en la boca para que el alma de Lucio Marcio Torcuato pueda pagarle a Caronte, el barquero encargado de trasladar a las sombras al otro lado del Aqueronte, el río que separa el mundo de los vivos del reino de los muertos.

Las honras fúnebres

El entierro de un ciudadano ilustre es una ceremonia larga y complicada. Por la tarde, mientras las mujeres de la familia lavan y amortajan al muerto preparándolo para su último viaje y los esclavos cuelgan coronas de ciprés, el símbolo de luto, sobre todas las puertas, Lucio, acompañado por su cuñado y su suegro, se dirige al templo de Libitina, diosa que preside los funerales.

Situado al sur de Roma, en el Monte Aventino, el templo de aquella divinidad tan sombría tiene un aspecto inesperadamente alegre con sus paredes revestidas de mármol verde, columnas de color púrpura con capiteles doradas y el frontón con las estatuas de Plutón, Proserpina y los demás dioses del inframundo, pintados de vivos colores. El templo está rodeado de un bosque de cipreses sagrados y de fuentes sagradas que crean una sensación de agradable frescura incluso en las horas más calurosas.

Los servidores de Libitina reciben a Lucio y a sus acompañantes con el aire discreto y lleno de compasión pero, al intuir de una vez de que son personas adineradas, les ofrecen unos precios desmesuradamente altos por toda clase de servicios fúnebres. Por suerte,

Virtumnio y Cetronio Silano, mucho más expertos que su joven pariente, lo toman la iniciativa en sus manos y finalmente lo resuelven todo.

Al tercer día, tal como lo prescribe la costumbre, Lucio Marcio Torcuato es enterrado con todas las honras que corresponden a su rango. El cuerpo, envuelto en una toga blanca, se asemeja a una estatua de mármol. El rostro, aunque blanco como el yeso, conserva la misma expresión serena y llena de dignidad que lo distinguía en vida por lo que no hay necesidad de introducirlo en el compartimiento secreto del féretro y exponer en su lugar un maniquí, tal como se hace en algunos casos.

Lucio, Virtumnio y Cetronio Silano, todos vestidos con negras togas de luto y con cabezas cubiertas por las capuchas en señal de duelo, acuestan al muerto sobre el mullido lecho de almohadones dorados y negros dentro del féretro, una caja de preciosa madera de cedro con bordes dorados. Acto seguido, los ocho empleados del templo de Libitina cargan el féretro sobre sus hombros y lo sacan fuera. Lucio Marcio Torcuato sale de su *domus* por última vez, para no regresar jamás.

El triste cortejo parte rumbo al Foro y de allí a la Vía Apia donde se encuentra el sepulcro familiar de los Marcio Torcuato. A la cabeza de la procesión marcha un pregonero, también asignado por el templo de Libitina, anunciando con solemnidad:

-El ilustre ciudadano Lucio Marcio Torcuato ha sido entregado a la muerte. Todo que lo considere conveniente puede honrar su memoria, asistiendo al funeral...

Detrás del féretro, van los músicos que tocan una melodía solemne y a la vez triste, acorde al ánimo de los dolientes. Aunque es de día, los sirvientes de la familia, encabezados por Tares, portan antorchas encendidas, tradición antigua conservada desde los tiempos cuando los entierros se celebraban de noche. Al final de la procesión vienen varios actores que llevan puestas las máscaras de cera de los ancestros del difunto, cada uno montado en un carruaje negro tirado por un caballo del mismo color.

Todos los familiares llevan sobre sus vestiduras de luto una ramita de ciprés; a diferencia de los varones, las mujeres van con la cabeza descubierta y el cabello alborotado. Emilia parece sumergida en un profundo letargo; aún no puede creer en que el hombre con quien ha compartido más de treinta años de su vida ya no está a su lado. Camina lentamente, como un espectro, apoyándose en los brazos de Silana y Marcia la Mayor, igual de silenciosas y trastornadas. Marcia la Menor va detrás de ellas; sus velos blancos de vestal sobresalen en medio de aquella multitud vestida de negro. Las damas patricias preservan su dignidad incluso en los momentos más trágicos de su vida y, a diferencia de las mujeres del pueblo llano, jamás se permiten llorar ni lamentarse en público. Una vieja esclava lleva de la mano a las dos Virtumnias. Las niñas aún no asumen la muerte en toda su trágica magnitud pero entienden que su querido abuelo ya no se levantaría de su lecho, no volvería a acariciarles la cabeza ni a contarles un cuento.

En el Foro, al cortejo se le unen numerosos amigos y clientes de la familia. Tito de una vez estrecha a Lucio en un fuerte abrazo pero no le dice nada; en un momento como éste, cualquier palabra de consuelo parece inútil.

En Roma no existe igualdad ni siquiera después de la muerte. A los más pobres así como a los esclavos, indigentes y criminales, los aguardan las pestilentes fosas comunes donde serán arrojados junto con los animales muertos y toda clase de deshechos. Los ciudadanos comunes descansan en unos sepulcros modestos, simples estelas o pequeñas criptas excavadas en las rocas y solo unos pocos pueden permitirse hermosos sepulcros con sarcófagos de mármol semejantes a aquel que recibirá los restos mortales de Lucio Marcio Torcuato.

Cuando la procesión llega al destino, los empleados de la funeraria ya tienen preparada la pira. La leña rociada con bálsamo ha sido apilada en forma de un altar; el féretro es colocado en la cima y uno de los empleados, de acuerdo con la tradición, le entrega a Lucio, el heredero principal del difunto, la antorcha encendida.

El joven sube a una pequeña tribuna elevada junto a la pira. Debe pronunciar un discurso en honor a su padre pero no sabe cómo empezar.

-Hoy enterramos a mi padre -dice finalmente ante la silenciosa multitud -.Pertenece a la *gens* Marcia, linaje de gran nobleza y antigüedad, que le ha dado a Roma cónsules, senadores, legados, pretores y otros hombres ilustres. Pero no voy a hablar sobre los méritos de mi padre ante Roma que todos conocemos muy bien. Sólo diré que era un buen hombre que era amado por todos, desde su honorable esposa Emilia hasta el último de sus esclavos. Vivió cincuenta y nueve años y ahora nos despedimos de él con mucho amor y con mucha tristeza.

Al pronunciar aquellas últimas palabras, Lucio arroja la antorcha sobre la pira. La leña perfumada se enciende de una vez y la llama se levanta, crepitando, hacia el cielo. El féretro con el cuerpo se consume en un abrir y cerrar de ojos, evidencia clara de que el alma de Lucio Marcio Torcuato ha sido bien recibida por los dioses del más allá.

Cuando el fuego se extingue, las brasas son apagadas con vino, las cenizas untadas con miel, recogidas por los familiares y depositadas en una urna que se coloca dentro del sarcófago. La tumba está sellada pero la ceremonia no ha sido concluida del todo. Nueve días después, la familia volverá a visitar el sepulcro y ofrendarle al alma una libación con vino y aceite para que Lucio Marcio Torcuato vea desde el más allá que sus seres queridos no lo han olvidado y no lo olvidarán jamás.

El paterfamilias

Lucio entra en el tablinium y por primera vez en su vida se siente tras el imponente escritorio de cedro, lugar otrora perteneciente a su padre. Ahora tiene derecho a sentarse allí porque es el nuevo *paterfamilias* de esta casa, bajo cuyo control están todos los bienes y todas las personas que pertenecen a la familia.

Las máscaras de cera de los ancestros, nuevamente colocadas en la alacena a lo largo de la pared, parecen mirarlo con el mismo reproche mudo de otros tiempos cuando el padre de Lucio lo llamaba a su despacho para regañarlo por alguna travesura. El joven *paterfamilias* se siente un tanto perdido en compañía de aquellos varones ilustres y no se atreve a mirarlos a los ojos.

-¿Puedo pasar, amo? -Creonte, el viejo liberto griego que desde hace años le sirve a la familia como mayordomo, entra en el tablinium con unos pasos sorprendentemente ligeros para su edad. Por primera vez le llama a Lucio "amo" en vez del "joven amo" y con unas entonaciones nuevas en su voz cálida y entrañable.

-Han llegado varios clientes para expresarte su pésame por la muerte de tu padre pero les dije que hoy no vas a recibir a nadie así que pueden pasarte sus condolencias por escrito -prosigue el anciano -.No te preocupes, amo, los secretarios se encargarán de responderles a todos.

-Gracias, Creonte -contesta Lucio -¿Qué haría yo sin ti?

-Tranquilo, amo -el anciano sonrío con aire comprensivo-.Al principio, todo parece difícil pero estamos aquí para ayudarte. Siempre has sido amable y respetuoso con todos así que todos estamos dispuestos para ayudarte en todo. Tu casa está en buenas manos y pronto aprenderás a manejarla igual de bien que tu padre. Y por ahora, me retiro pues veo que necesitas estar solo.

Otra vez solo en el tablinium, Lucio vuelve a alzar los ojos hacia la alacena. Ahora se siente capaz de enfrentar las miradas de sus ancestros, incluso cuando las lágrimas comienzan a chorrear por sus mejillas. Su llanto va en aumento y Lucio no se esfuerza por detenerlo. Lloro como no ha llorado nunca antes en su vida, por su padre y también por sí mismo, por aquel muchacho despreocupado e inocente que ya no volverá a ser nunca más.

Luego, cuando ya no le quedan lágrimas, sigue sentado tras el escritorio, con los ojos fijos en la alacena, hasta que escucha la voz de Nuba quien toca la puerta con discreción.

-Señor, soy yo -la nubia, ya no tan esbelta y ágil por su embarazo de cinco meses, se asoma al interior del tablinium -.La señora Silana acaba de sufrir un desmayo...

-¿Cómo así? -grita Lucio, poniéndose de pie.

Absorto por su dolor, en todos estos días no ha prestado mucha atención a su joven esposa y un profundo sentido de culpa se apodera de todo su ser. Cuando acude a su lado, Silana ya ha recobrado la consciencia pero aún se siente débil y su hermosa piel dorada ha palidecido un poco.

-Sólo espero que no sea aquel mismo mal que ha acabado con tu padre -susurra Emilia al oído de su hijo -.Hay que enviar por el médico.

El servidor de Esculapio llega a toda prisa y, tras una breve revisión, desvela los temores de la familia.

-La joven señora no padece ningún mal sino está esperando un hijo -anuncia con una leve sonrisa.

Emilia suspira con alivio y Lucio besa con cariño a su joven esposa. Un nuevo Torcuato va a venir al mundo en vez del desaparecido y esto parece un verdadero prodigio de los dioses.

Epílogo

El círculo se cierra

Silana grita una y otra vez. Sus gritos suenan por toda la domus y se clavan en los tímpanos y en el mismo corazón de Lucio como las flechas bárbaras. Quisiera estar al lado de su esposa para apoyarla en aquel momento tan difícil pero la tradición no le permite a ningún varón a presenciar el parto. Lo único que puede hacer ahora es esperar dando vueltas por el peristilo, estremeciéndose con cada nuevo grito de la futura madre e invocando a Lucina, la diosa de los alumbramientos.

-Tú, la que desatas los nudos y aflojas los lazos, ayúdame a mi esposa -reza en susurros, ante la estatua de la diosa que, con un recién nacido entre los brazos y con una corona de dicitamo, hierba que facilita los partos, en la cabeza, lo mira desde su altar humeante de incienso -.Tú, la que haces madurar los frutos y presides los nacimientos de todos los seres vivos, haz que el fruto de sus entrañas salga a la luz...

Aunque Silana, salvo algunas leves molestias al comienzo, ha tenido un embarazo tranquilo y sin complicaciones, Lucio teme por su vida. Los partos son auténticas batallas del sexo femenino ya que muchas mujeres mueren a causa de las hemorragias, fiebres o infecciones. Muchos niños también mueren antes de exhalar su primer respiro. La Ley Cesárea, aprobada aún en los tiempos remotos por el rey Numa Pompilio, prescribe que el hijo de cualquier mujer muerta en el parto sea sacado del vientre materno pero incluso aquel procedimiento ayuda a sobrevivir sólo a unos pocos.

-¿Por qué se demora tanto? -exclama con desesperación.

-El primer parto siempre dura mucho - dice Tares, tratando de tranquilizarlo. Él mismo ha pasado por semejante prueba hace apenas cuatro meses, cuando Nuba ha dado a luz su primer hijo.

-Ahora entiendes, amigo, ¿por qué sigo soltero? -Tito le da a Lucio una ligera palmada en la espalda y, al oír un nuevo grito de Silana, desvía la mirada.

Cetronio Silano no dice nada y sólo arroja al altar de Lucina otro puñado de incienso. Hace muchos años, ha perdido a su esposa, muerta en un intento de darle el tan deseado heredero varón; ahora le suplica a la diosa no permitir que le suceda lo mismo a su única y adorable hija.

En cambio, Virtumnio parece estar un tanto más tranquilo que los demás hombres congregados a esta hora en el peristilo de la *domus* de los Torcuato.

-El segundo parto de mi esposa se complicó mucho porque la criatura venía de nalgas pero, gracias a los dioses, todo salió bien y mi hija nació sana -dice con la misma calma y claridad con que suele pronunciar sus discursos en el Senado -.Nunca dejaré de agradecer a Lucina por no haberle quitado la vida a mi esposa e hija y no me lamento de que desde entonces Marcia no ha vuelto a concebir. Ahora pensamos adoptar un niño y si tú, querido Lucio, por alguna razón decides exponer a tu hijo, no habrá necesidad de llevarlo a la Columna Lactaria, entrégamelo a mí de una vez.

La broma de Virtumnio alivia un poco la tensión y todos aquellos hombres, unidos entre sí por el parentesco y la amistad, por el cariño y el temor, terminan sonriendo. Justo en aquel momento, de la habitación de parto viene un grito más fuerte que todos los anteriores y luego, tras unos instantes que le parecen a Lucio toda una eternidad, un llanto fuerte y prolongado.

-Debe ser un varón -supone Virtumnio -.Ninguna de mis niñas ha llorado al nacer con tanta fuerza.

La comadrona, una mujer de mediana edad, robusta y corpulenta, sale al peristilo con un pequeño bulto entre sus brazos. Sin decir ni una palabra, la mujer lo deposita en el suelo bajo los pies de Lucio y se aparta.

Ha llegado el momento decisivo. Si Lucio recoge al pequeño y lo levanta en alto en presencia de sus parientes y amigos, querrá decir que lo reconoce y lo acepta en la familia. En caso contrario, será rechazado y abandonado a su suerte.

Lucio se inclina sobre el bebé. No ve más que la coronilla cubierta por una suave pelambrea oscura y una diminuta mano que sobresale entre los pliegues del manto. Lucio la toca con delicadeza y la manita se cierra de una vez alrededor de su dedo. Profundamente conmovido, alza al pequeño, aparta el manto de su carita roja y arrugada y, al sentir el calor de su cuerpecito, experimenta una inmensa sensación de paz y alegría. El destino del niño está sellado.

-Tú esposa, señor, no ha sufrido ni ha sangrado más de lo habitual así que puedes verla ahora mismo -dice la comadrona.

Meciendo suavemente a su hijo, Lucio entra en la habitación de parto y, para su gran alivio, descubre que Silana no se ve demasiado exhausta ni debilitada. La silla de parto, un mueble con asiento en forma de medialuna sobre el cual sientan a la parturienta en la última fase del alumbramiento, ha sido retirada y la joven madre ya está en la cama. Las esclavas han cambiado las sábanas, limpiado los residuos del parto y lavado a Silana con esponjas y agua perfumada.

Lo único que parece preocupar a la nueva madre es la suerte de su hijo. Emilia y Marcia la Mayor, quienes han acompañado a Silana durante el parto, también se ven nerviosas pero, al ver al pequeño entre los brazos de Lucio, sonrían complacientes.

-Ahora, por fin, tengo un nieto varón. Se ve igual que tú, hijo, el día que te sostuve por primera vez entre mis brazos -la voz de Emilia tiembla pero, acto seguido, logra dominarse y llama a Tares quien, junto con los demás hombres, aguarda en la puerta.

-¿Tendrá Nuba suficiente leche para alimentar también a mi nieto? -le pregunta.

-Sí, señora, podría amamantar a una media docena de niños de una vez -contesta el tracio.

-Entonces, le concedo el honor de ser su nodriza. Mi nieto debe tener hambre así que llévalo con ella de una vez -ordena Emilia con aquellas notas enérgicas que nadie ha oído en su voz desde el día de la muerte de su esposo -.Y ordena de una vez que nos sirvan a todos el mejor vino de Falerno para celebrar.

Nueve días después el pequeño Lucio Marcio Torcuato es acogido oficialmente en el seno de la familia. Su padre lo presenta a la diosa Nundina y a todos los lares y penates y le pone en el cuello la *bullā* de oro, su amuleto protector. Su joven madre, su abuela Emilia, su abuelo Cetronio Silano y todos los demás parientes y amigos de la familia presencian la solemne ceremonia.

Lucio se siente feliz. Su hijo crecerá fuerte y sano; su esposa se ha recuperado con una rapidez asombrosa y todo parece marchar bien en la domus familiar gracias a la ayuda del viejo Creonte y de Tares que poco a poco va aprendiendo el oficio de mayordomo. Lucio acaba de recibir el nombramiento de cuestor en la Panonia Inferior, una de las provincias danubianas. Silana y el pequeño Lucio lo acompañarán a su nuevo destino y compartirán con él todos sus éxitos y nuevos ascensos en el *Cursus Honorum*. El camino de la vida se le adivina largo y maravilloso.

Sin embargo, los dioses suelen ser celosos con la buena suerte de los morales así que es necesario complacerlos con generosas libaciones y con un gran banquete. La celebración en honor del nuevo miembro de la familia dura hasta bien entrada la noche y sus restos son tan abundantes que hasta los esclavos no son capaces de consumirlo todo de una vez. En la mañana siguiente, Lucio ordena entregar la comida sobrante a los pobres que, aprovechando la ocasión, de una vez se reúnen frente al portal.

En medio de aquella multitud, nade le presta atención a una mujer delgada, de cabello desgredado y rostro prematuramente envejecido en el cual sobresalen unos ojos aún hermosos pero llenos de tristeza. Al lanzar una mirada al joven *paterfamilias* quien desde la altura del balcón observa la repartición de los víveres, la mujer siente un extraño temblor en todo su cuerpo, el inexplicable deseo de detenerse junto a esta gran casa y, tal vez, averiguar algo sobre sus habitantes. Sin embargo, apenas recibe su ración de comida, queda apartada del portal por los otros necesitados y arrastrada por la multitud hasta el extremo opuesto de la calle.

Al lanzar una última mirada sobre el balcón, la mujer se aleja a paso rápido, temblando del frío matinal bajo los harapos que apenas cubren su escuálido cuerpo. Se mueve como una sombra y pronto desaparece en un sórdido callejón, como en aquel día igual de frío y nebuloso de hace veinticinco años, tras haber dejado el cesto con un recién nacido al pie de la Columna Lactaria.

FIN